

La revitalización política del carlismo a fines del siglo XIX: Los viajes de propaganda del Marqués de Cerralbo¹

JORDI CANAL

En julio de 1894 apareció en las páginas del *Heraldo de Madrid* un artículo titulado «El carlismo nuevo», que firmaba Julio Burell. Este periodista, poco sospechoso de connivencia con la causa carlista, trataba en este texto del importante cambio que se estaba operando desde hacía algunos años en el interior de aquel partido político: «Desde la separación del elemento ultramontano —escribía Burell en referencia a la escisión integrista de 1888—, es indudable que el partido carlista ha experimentado una transformación muy importante en su vida y en sus procedimientos.» El resultado era una «política nueva, tolerante, nacional y expansiva» y, en definitiva, un carlismo «sin sangre ni horrores». Burell lo bautizó como el *carlismo nuevo*. Al frente se encontraba el delegado de don Carlos en España, tras su nombramiento en 1890, el marqués de Cerralbo. Julio Burell caracterizaba los años transcurridos desde entonces de la siguiente manera:

«La jefatura del marqués de Cerralbo se ha inclinado a propagandas constantes en todos los medios sociales; pero penetrándolas de un gran espíritu de tolerancia en las soluciones y hasta en los adjetivos. El carlismo sangriento, inquisitorial, con sus figuras terribles de 'cabecillas' montaraces, con sus curas a lo Santa Cruz y sus monstruos a lo Savalls y Rosas Samaniego, ha ido poco a poco difuminándose... La política del marqués de Cerralbo es como una vuelta a la política del grande y españolísimo Aparisi»².

El marqués de Cerralbo fue el emblema del *carlismo nuevo*, de la revitalización que tuvo lugar a fines del siglo XIX en el seno de este movimiento político. El carlismo, derrotado en los campos de batalla en la Segunda guerra carlista (1872-1876), vivió una larga posguerra marcada por el desconcierto y las pugnas internas, que concluyó con la escisión integrista encabezada por Ramón Nocedal en 1888. La tarea emprendida bajo la dirección del marqués de Cerralbo consistió en adaptar, aunque con limitaciones evidentes, el carlismo a las necesidades de

¹ El autor de este trabajo participa en el proyecto DGICYT PB93-0358-C02-02.

² J. BURELL, «El carlismo nuevo», *Heraldo de Madrid*, 23 julio 1894, [p. 1]. Cfr. también J. BURELL, «Planta que retoña», *Heraldo de Madrid*, 24 julio 1894, [p. 1]. Sobre Julio Burell y el diario *Heraldo de Madrid*, cfr. P. GÓMEZ APARICIO, *Historia del periodismo español. De la Revolución de Septiembre al desastre colonial*, Madrid, 1971, pp. 520 y ss.

la lucha política en la España finisecular. Adaptar, en aras de la competitividad, de acuerdo con una opción claramente posibilista de modernización política. Entre las fórmulas que contribuyeron a este proyecto debe destacarse la propaganda. Se trataba de esas «*propagandas constantes*» a las que Burell aludía en el texto anteriormente citado. Al marqués de Cerralbo, a la propaganda en el carlismo finisecular y, asimismo, a los viajes de propaganda del prócer castellano está dedicado este artículo.

EL MARQUÉS DE CERRALBO, POLÍTICO CARLISTA

Enrique de Aguilera y Gamboa, decimoséptimo marqués de Cerralbo, nació en 1845 en Madrid. Perteneciente a una rancia familia castellana, a la muerte de su padre heredó el título de conde de Villalobos, y a la de su abuelo, entre otros, el de marqués de Cerralbo. El marqués de Cerralbo fue uno de los principales contribuyentes de Castilla y, más en general incluso, de España. En 1876, en el inventario *post-mortem* de su antecesor, puede contabilizarse un patrimonio superior a los 21 millones de reales, en buena parte sito en la provincia de Salamanca³. El pueblo de Cerralbo, en concreto, le perteneció de derecho hasta 1920, generando aún a fines del siglo XIX, con las demás propiedades, unas sustanciosas rentas⁴. El palacio en Santa María de Huerta, en Soria, junto al que hizo edificar en Madrid, constituyeron dos de los principales elementos simbólicos de su poderío económico y social. Enrique de Aguilera estudió Filosofía y Letras y Derecho en Madrid, siendo compañero de Francisco Martín Melgar, con el que compartiría durante años la adhesión a la causa carlista: «*Habíamos sido compañeros de estudios en la Universidad Central de Madrid —escribió Melgar en sus memorias⁵—, y fui yo quien tuvo el honor de presentarle a don Carlos a poco de terminada la guerra carlista.*» El interés por la literatura, el dibujo, la historia, el arte y la arqueología data de su etapa de estudiante, consiguiendo reunir más adelante importantes colecciones numismáticas, de armas, pintura, instrumentos musicales y de restos arquitectónicos o arqueológicos. Juan Cabré, que colaboró estrechamente con él, escribió en su necrológica que el marqués de Cerralbo «*fue atesorando riquezas y riquezas artísticas*» en el palacete que se hizo construir en Madrid a fines de los años ochenta y principios de los noventa⁶. Un edificio convertido en la actualidad en Museo Cerral-

³ Cfr. R. ROBLEDO, *La renta de la tierra en Castilla la Vieja y León (1836-1913)*, Madrid, 1984, pp. 45-56, y del mismo autor, «Un Grande de España en apuros. Las rentas del Marqués de Cerralbo en 1840», *Revista Internacional de Sociología*, vol. 45, 1987, pp. 105-123.

⁴ Cfr., además de los trabajos citados en la nota anterior, la tesis de licenciatura de M. SÁNCHEZ HERRERO, *Cerralbo 1837-1976. Consecuencias de la disolución del régimen señorial en un pueblo de Salamanca*, U.A.B., s.f..

⁵ Conde de MELGAR, *Veinte años con Don Carlos*, Madrid, 1940, p. 116.

⁶ J. CABRÉ AGUILÓ, «El Marqués de Cerralbo (Necrología)», *Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, memoria IX, 8ª sesión, Madrid, 1922, p. 172. Cfr. P. DE NAVASCUÉS BENLLOCH, C. CONDE DE BEROLDINGEN GEYR y C. JIMÉNEZ SANZ, *El Marqués de Cerralbo*, Madrid, 1996, y C. SANZ-PASTOR y FERNÁNDEZ DE PIEROLA, *Museo Cerralbo. Catálogo de dibujos*, Madrid, 1976.

bo. Además de la faceta coleccionista, el prócer castellano escribió trabajos históricos —*El Virreinato de Méjico* (1892) o el conjunto de estudios históricos y arqueológicos agrupados en *Del hogar castellano*, entre otros— y participó y financió numerosas campañas arqueológicas⁷. Poseía una buena biblioteca —en torno a unos diez mil volúmenes— y formaba parte, desde 1908, de la Real Academia de la Historia⁸. Más adelante ingresaría en la Real Academia Española y en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Durante muchos años, sin embargo, dedicó buena parte de sus esfuerzos y de su tiempo a la política.

Bien que el inicio de la vinculación del marqués de Cerralbo con el carlismo pueda fecharse en la etapa del Sexenio democrático, fue en los años ochenta y, más aún, en los noventa cuando pasó a desempeñar un papel fundamental en el partido. Contaba con la confianza y la amistad de don Carlos y de su secretario Francisco Martín Melgar, que se encargaba de recordárselo con cierta frecuencia: «*Puede V. estar verdaderamente orgulloso —le escribía desde el exilio londinense en enero de 1882⁹— de lo particularísimo y sincero q[u]e es el efecto con que a V. distingue el Señor, y por lo q[u]e a mi atañe puedo darle mi palabra de q[u]e no hay ninguno de sus más íntimos amigos a quien oiga recordar con más constancia y más sinceridad de cariño.*» Una amistad que, sin embargo, no hacía posible acceder a todos los deseos del prócer castellano, enfrentado a la política intransigente impulsada durante la jefatura delegada de Cándido Nocedal (1879-1885). A fines de 1881 participó en el intento —aprobado, en esta ocasión, por el pretendiente— de sustituir al frente del partido a Nocedal por una junta, que fracasó a causa del fortalecimiento de la posición de este personaje entre las bases católicas tras la aprobación vaticana de una romería de protesta y desagravio proyectada contra la profanación de las cenizas de Pío IX¹⁰. Tampoco prosperó, en consecuencia, el proyecto cerralbista de transformación y revitalización del carlismo, que conocemos a través de la correspondencia mantenida por los marqueses de Cerralbo y de Valde-Espina, estudiada por Real Cuesta. Según este autor, el marqués de Cerralbo

«quiere hacer del carlismo un partido moderno desde el punto de vista de la acción política, dinámico, organizado, abierto, atractivo y con participación en la vida política. 'Intransigencia en los principios y transigencia en las formas', éste es su lema; es decir, no cambiar los principios sino la conducta; que el partido practique la moderación, la suavidad en las formas frente a la intransigencia integrista; ha

⁷ Sobre su dedicación a la arqueología, cfr. P. DE NAVASCUÉS BENLLOCH, C. CONDE DE BEROLDINGEN GEYR y C. JIMÉNEZ SANZ, *El Marqués de Cerralbo*, pp. 29-35.

⁸ Cfr. *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del excelentísimo Sr. D. Enrique de Aguilera y Gamboa, Marqués de Cerralbo, en 31 de Mayo de 1908*, Madrid, 1908.

⁹ Museo Cerralbo (Madrid), C. IV, nº 14, Francisco Martín Melgar al Marqués de Cerralbo (Londres, 24 enero 1882).

¹⁰ Cfr. Museo Cerralbo (Madrid), C. IV, nº 8 y 12, Francisco Martín Melgar al Marqués de Cerralbo (Brighton y Londres, 29 diciembre 1881 y 19 enero 1882), y Marqués de Cerralbo al Marqués de Valde-Espina (Madrid, 17 enero 1882), citada por J. REAL CUESTA, *El carlismo vasco, 1876-1900*, Madrid, 1985, pp. 29-30.

de sumar, unir y atraer, no restar, dividir y repeler como el integrismo; ha de participar activamente en la vida pública a todos los niveles, y ha de propagar por todos los medios a su alcance el 'ideario carlista'. De esta forma, con una adecuada organización, el partido estaría preparado para cualquier eventualidad política»¹¹.

Este proyecto se encuentra en la base del que se llevó adelante en la década siguiente, con el prócer castellano ya al frente del partido en España. Cuatro cuestiones inspiraron la actividad política del marqués de Cerralbo en los primeros años ochenta: la voluntad de frenar a Cándido Nocedal, la necesidad de reorganizar la estructura del partido, las ventajas de una política de atracción —justo la contraria de la practicada en aquellos momentos: «V. le detesta por una noble y generosa pero mal entendida sensiblería. Su fogosísimo entusiasmo de V. le hace ver en Don Cándido un obstáculo a la conversión de muchos Magdalenos», sostenía Melgar¹²— y, asimismo, de la plena reintegración del núcleo de *La Fe*, radicalmente enfrentado a los Nocedal y *El Siglo Futuro*. En 1885, a pesar de la oposición de Cándido Nocedal —en una disputa que acabó provocando la dimisión de este personaje como jefe-delegado en España, poco antes de morir—, el marqués de Cerralbo ocupó el lugar que le correspondía por derecho propio en el Senado¹³. Y al año siguiente representó al pretendiente en la inauguración de un monumento a Zumalacárregui: «A nadie mejor que a ti —le escribió don Carlos en el mes de diciembre¹⁴— puedo designar para que me representes en la inauguración». A principios de 1888 se colocó al frente del Círculo tradicionalista de Madrid, puesto desde el que vivió los delicados momentos de la escisión integrista. Un grupo de influyentes carlistas que se habían mantenido en una posición intermedia —incluso en la sombra en algunos casos— durante las duras polémicas periodísticas entre *La Fe* y *El Siglo*

¹¹ Ibid., p. 32.

¹² Museo Cerralbo (Madrid), C. IV, nº 13, Francisco Martín Melgar al Marqués de Cerralbo (Londres, 24 enero 1882).

¹³ En carta fechada el 6 de julio, Melgar comunicaba al prócer castellano que don Carlos «ha deplorado vivamente q[ue] resurgieran disidencias, y sobre todo disidencias públicas, entre dos personas como V. y Don Cándido Nocedal». Y, continuaba: «Es cierto que se concedió a V. autorización para tomar asiento en el Senado, pero V., q[ue] es la lealtad en persona, reconocerá y confesará sin dificultad ninguna cuánto se le recomendó que ejerciendo, en principio, su derecho, se pudiese de acuerdo para las cuestiones de detalle con Don Cándido, y q[ue] evitase en todo caso q[ue] su toma de posesión fuese la fuente de un conflicto». Aun reconociendo que el partido se encontraba en un mal momento, el secretario del pretendiente se mostraba partidario de no precipitar una crisis, a la espera de la inminente muerte de Cándido Nocedal: «V. mismo dice (y de ello soy buen testigo ocular yo mismo) que Don Cándido es un cadáver ambulante, y q[ue] sus días están contadísimo. Por ley de la naturaleza son poquísimos los meses, acaso poquísimas las semanas o los días, q[ue] Dios tardará en llamarle a Sí. V. lo ha visto y lo sabe, como yo lo sé y lo he visto. En tales condiciones y en tal expectativa, nada más antipatriótico, desde el punto de vista carlista, que provocar y precipitar una crisis, q[ue] daría lugar a torcidas interpretaciones y abriría la puerta a comentarios malévolos.» Museo Cerralbo (Madrid), C. IV, nº 36, Francisco Martín Melgar al Marqués de Cerralbo (Venecia, 6 julio 1885). Cándido Nocedal falleció el día 19 de julio de 1885.

¹⁴ Don Carlos al Marqués de Cerralbo (Venecia, 10 diciembre 1886), carta reproducida en M. FERRER, *Historia del Tradicionalismo Español*, vol. XXVIII-II, Sevilla, 1959, p. 35. Sobre esta cuestión, cfr. El Marqués de CERRALBO, «Monumento a Zumalacárregui», *El Estandarte Real*, octubre 1891, pp. 147-150.

Futuro, se hicieron con el control del partido en 1888. Eran más cortesanos que los de *La Fe* y más posibilistas que los otros, encabezados tras la muerte de Cándido Nocedal por su hijo Ramón. El marqués de Cerralbo era el miembro más destacado de este núcleo, que contaba con el apoyo del propio secretario del pretendiente Francisco Martín Melgar y del marqués de Valde-Espina, así como de todo un conjunto de personajes con influencias a nivel regional, provincial y local, que si bien participaron poco en estas maniobras de alta política, en cambio contribuyeron de forma decisiva a la materialización de los nuevos proyectos emprendidos a partir de aquel momento.

La primera gran empresa acometida por el prócer castellano fue la celebración en 1889 del XIII Centenario de la conversión de Recaredo y de la unidad católica en España, cuya estructura aprovechó como base para la futura reorganización de la estructura política del partido carlista. Esta conmemoración se convirtió en una contra-celebración del primer centenario de la Revolución francesa. Don Carlos, caracterizado por el marqués de Cerralbo como el «*nuevo Recaredo*», había afirmado a mediados de 1888 en relación a las celebraciones del año siguiente: «*Quiero establecer aquella Unidad perdida, y quiero vencer a esta Revolución, avasalladora de pueblos y reyes*»¹⁵. Para coordinarlas —festejos religiosos y civiles, construcción de una pirámide en Toledo, que contraponían a la torre Eiffel— se constituyeron juntas locales, provinciales, regionales y, por encima de todas, una junta central. Al frente de la Junta central del Centenario, así como de la Junta regional de Castilla la Nueva, se encontraba el marqués de Cerralbo. Dos ocupaciones que compaginaba, en aquellos momentos, con la presidencia del Círculo tradicionalista de Madrid y, por extensión, de todos los círculos que se estaban creando tras la escisión integrista. Los esfuerzos del marqués de Cerralbo fueron recompensados en abril de 1890 con su nombramiento como representante del pretendiente en España, un cargo vacante desde el fallecimiento de Cándido Nocedal. El publicista Leandro Herrero escribió que el prócer castellano «*no ha perdonado fatiga, excusado sacrificio, ni demorado trabajo para organizar legalmente nuestra comunión, y ha llegado a la jefatura por sus pasos contados*»¹⁶. El marqués de Cerralbo permaneció al frente del partido entre 1890 y 1899, cuando fue sustituido por Matías Barrio Mier en el marco de la agitada coyuntura pre-bélica vivida en el carlismo en la etapa 1898-1900¹⁷. Volvería, no obstante, a ocupar el cargo de jefe-delegado en 1912 —con el hijo de don Carlos, Jaime, como pretendiente carlista al trono— para abandonarlo en plena escisión mellista, aunque sin comprometerse con ninguno de

¹⁵ «Manifiesto de Don Carlos (Venecia, 10 julio 1888)», reproducido en M. FERRER, *Historia del Tradicionalismo...*, vol. XXVIII-II, p. 62. Las palabras del marqués de Cerralbo corresponden a la conferencia *XIII Centenario de la Unidad Católica en España. Discurso del Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo presidente de la Junta central en la solemne velada del Círculo tradicionalista de Madrid la noche del 30 de Mayo*, Madrid, 1889, p. 29. En el mismo sentido, cfr. F. de P. O[LLER], «Recaredo y Don Carlos», *Lo Crit d'Espanya*, 17 mayo 1889, p. 2.

¹⁶ TULIO [L. HERRERO], «La carta de Don Carlos», *El Correo Español*, 9 abril 1890, p. 1.

¹⁷ Sobre esta cuestión, cfr. J. CANAL y E. GONZÁLEZ CALLEJA, «'No era la ocasión propicia...'. La conspiración carlista de fin de siglo en un memorial a Don Carlos», *Hispania*, n.º 181, 1992, pp. 705-742.

los bandos, pocos años antes de fallecer en 1922¹⁸. La delegación cerralbista de 1890-1899, en todo caso, destacó por el notable proceso de reorganización y reorientación que se llevó a cabo en el seno del carlismo español. Vía política —con el abandono coyuntural de la militar, como mínimo hasta la crisis finisecular—, moderada revisión del ideario, política de atracción, propaganda y abandono del retraimiento fueron los pilares que sostenían el ensayo de dotar al carlismo de una estructura política sólida y adecuada. Una estructura fundamentada en un sistema de juntas —regionales, provinciales, locales y de distrito, en total unas dos mil quinientas en 1896—, que contaba en la base, en tanto que verdadero núcleo encuadrador, con una amplia red de círculos tradicionalistas y de juventudes. El balance que hacía de esta empresa el propio prócer castellano era muy positivo:

«Cuando ahora recuerdo aquella humildad de principios, mi admiración no tiene límites. Con un Círculo y seis Juntas empecé, y ya las Juntas pasan de 3.000 [sic] y los Círculos de 300. Y los que entonces desconfiaban, hoy contemplan con cariño el resultado de aquel pobre pensamiento mío, que yo siempre creía beneficioso»¹⁹.

De todo lo escrito hasta aquí, resulta evidente que el nombre del decimoséptimo marqués de Cerralbo está indisolublemente ligado al *carlismo nuevo*.

LA PROPAGANDA, EL ARMA PODEROSA DEL CARLISMO

La propaganda se convirtió, así pues, en uno de los pilares que debían sostener el nuevo edificio del *carlismo nuevo*. Lo reconocía el propio pretendiente Carlos en 1891 en carta al marqués de Cerralbo:

«Los Círculos, las Conferencias, los discursos, hasta la lucha electoral, todo es de alta trascendencia p[ar]a la propaganda moderna, pero nada en el grado máximo q[u]e la prensa. Todas las otras manifestaciones son de bastante precio p[ar]a preparar la opinión y enardecer entusiasmos parciales. Pero el impulso uniforme, el foco central, lo q[u]e puede dar cohesión y unidad de acción es la prensa»²⁰.

La prensa resultaba básica, junto a un amplio abanico de fórmulas, en la tarea propagandística. Una propaganda moderna, como solicitaba don Carlos en la carta anterior, para un partido en pleno proceso de modernización política: el *carlismo nuevo*. Ya en septiembre de 1889, el marqués de Cerralbo había recor-

¹⁸ Unos comentarios sobre esta desconocida etapa, en C. SANZ-PASTOR y FERNÁNDEZ DE PIEROLA, «El Marqués de Cerralbo, político carlista», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, vol. LXXVI, 1973, pp. 244-252.

¹⁹ Citado por ENEAS [B. BOLAÑOS], «El Señor Marqués de Cerralbo», *El Correo Español*, 15 julio 1895, p. 1. Cfr. J. CANAL, «Sociabilidades políticas en la España de la Restauración: el carlismo y los círculos tradicionalistas (1888-1900)», *Historia Social*, n.º 15, 1993, pp. 29-47.

²⁰ Museo Cerralbo (Madrid), C. II, n.º 17, Don Carlos al Marqués de Cerralbo (Venecia, 8 abril 1891).

dado a los carlistas reunidos en la Sociedad tradicionalista de Bilbao que el momento de los «*recuerdos y suspiros*» había pasado y que, por el contrario, «*hoy es día de reñir esa lucha pacífica de la propaganda, el periódico, la tribuna y la organización*»²¹. La febril actividad carlista a fines de siglo en el terreno de la propaganda tuvo efectos multiplicadores sobre la imagen que de ellos se compusieron los demás grupos políticos, provocando una sobrevaloración de su fuerza: «*¿Qué os pasa? ¿Qué os sucede, señores liberales, que de tal modo os pone la propaganda carlista?*», escribía en 1897 un carlista de Villanueva de la Serena²². Esta sobrevaloración denotaba un cumplimento, como mínimo parcial, de los objetivos partidistas. El joven carlista leridano Manuel Roger de Lluria compuso, en aquellos años, uno de los artículos más interesantes sobre la pasión del carlismo finisecular por la propaganda. La propaganda era, según este autor, su «*arma poderosa*», ya que

«*Al convencido le deleita, al tibio le alienta, al desengañado le arrastra; todos, así, conocen el credo carlista; conociéndole, le estudian; estudiándole, les simpatiza; y simpatizándoles, acaban por ser carlistas convencidos, entusiastas, denodados, a quienes nosotros les abrimos los brazos, les estrechamos contra nuestro pecho, y les cobijamos bajo los pliegues de la bandera sacrosanta por traidores vendida, pero por nadie vencida, porque es la égida augusta de la verdad*».

La propaganda, proseguía Roger de Lluria, tenía que abarcar todos los ámbitos —«*Propaganda, propaganda en la cuna, en la familia, en la reunión, en la taberna, en la calle, en el teatro, en el café, en todas partes*»— y debía materializarse en todas las formas posibles —«*Propaganda las madres con sus hijos, los amigos con sus amigos, los parientes con sus deudos, el amo con sus criados*»—, sin debilidades ni desmayos. La conclusión del artículo, publicado en la revista *Biblioteca Popular Carlista*, era la siguiente: «*Propaganda, pues, hasta lograr el triunfo ansiado de nuestra santa libertad; propaganda en todos los terrenos, en todos los órdenes y en todas las manifestaciones de la vida*»²³. Una propaganda, la que desplegaron los carlistas a fines del siglo XIX, que, siguiendo a Jean-Marie Domenach, clasificaremos en tres apartados: escrita, a través de la imagen y oral²⁴.

En el marco de la propaganda escrita destacaba, por encima de todas las demás modalidades, la prensa. Las palabras del pretendiente citadas más arriba no dejaban lugar a dudas. De los veinticuatro periódicos existentes en el campo carlista tras la escisión de los integristas se pasó a veinte a principios de 1892,

²¹ «Discurso del Excmo. Señor Marqués de Cerralbo en la noche del domingo 8 de los corrientes en la velada extraordinaria celebrada en la *Sociedad Tradicionalista de Bilbao*», *El Correo Español*, 14 septiembre 1889, p. 1.

²² A. JUAN y BALDÓ, «Miedo fundado», *El Nuevo Cruzado*, 23 octubre 1897, p. 6. Sobre este personaje, cfr. F. LÓPEZ CASIMIRO, *Masonería, prensa y política (Badajoz, 1875-1902)*, Granada, 1992, pp. 219-226.

²³ Manuel ROGER DE LLURIA, «Necesidad de la propaganda», *Biblioteca Popular Carlista*, vol. XI, mayo 1896, pp. 11-15.

²⁴ J. M. DOMENACH, *La propaganda política* [1950], Buenos Aires, 1976.

para aumentar hasta treinta y uno a mediados del año siguiente, treinta y dos en 1894, y uno más en 1896²⁵. El *Correo Catalán* y, a partir de septiembre de 1888, *El Correo Español*, que era en palabras de don Carlos «*nuestro Boletín Oficial, la Gaceta carlista*»²⁶, cubrieron el vacío dejado por *El Siglo Futuro* de Ramón Nocedal. Las funciones de la nueva prensa eran sensiblemente diferentes de las que ésta cumplió en la etapa de dominio intransigente del partido, pudiéndose resumir en dos: la defensa de la verdad religiosa, social y política frente a los ataques del liberalismo y la impiedad, y la demostración y propaganda continua de los principios carlistas²⁷. Barcelona, Madrid y Valencia se erigieron a fines de siglo en los tres principales centros editores de prensa carlista. Ésta poseía todo un conjunto de características comunes, derivadas de su más o menos férrea vinculación a la estructura partidista. Destacaba, en particular, la prensa de información y opinión, que iba desde *El Correo Español*, el *Correo Catalán*, *El Pensamiento Galaico*, *El Alavés*, *El Manchego* o *La Lealtad Navarra* hasta cualquiera de los pequeños semanarios existentes, pasando por *El Loredán*, *El Correo de Zamora* o *El Amigo del Pueblo*. Nos encontramos asimismo con prensa político-militar, como la revista *El Estandarte Real*, destinada en esencia al recuerdo de las hazañas carlistas; almanaques como los de *La Tradición* de Palma de Mallorca o de *El Correo Español*; revistas religiosas como *La Hormiga de Oro*, o mucho más generales como la *Biblioteca Popular Carlística*. Otros periódicos se caracterizaban por su dependencia de las juventudes carlistas, como *Chapel-Zuri* o *El Nuevo Cruzado*. Finalmente, el carlismo disponía en la etapa finisecular de una abundante, si bien efímera, prensa satírica: *Rigoletto*, *Don Ramón*, *Calacuerda*, *El Voluntario*, *Lo Mestre Titas* o *Zumalacárregui* eran algunas de sus cabeceras.

Junto a los periódicos nos encontramos con libros, opúsculos, folletos y volantes de propaganda. Una parte de ellos estaban dedicados al tratamiento de la figura de don Carlos —*Don Carlos. Su pasado, su presente y su porvenir* (1898) y *Autógrafos de Don Carlos* (1900), ambos de Polo y Peyrolón, por ejemplo— y otro grupo importante a la narración de campañas bélicas y a la memoria de combatientes o dirigentes del partido, como el *Álbum de personajes carlistas* (1887-1890) de Oller. Los manualés para el combate integraban un tercer núcleo de textos: el *Manual del voluntario carlista* (1892) de Brea, la *Guerra de guerrillas* de Moore (1894), la *Cartilla militar* (1896) de Granda, o la *Táctica de Infantería* (1899) de Bardina. Completaban la relación obras sobre la política del momento, crónicas —como la que Vázquez de Mella dedicó al viaje del marqués de Cerralbo al Norte en 1891— o transcripciones de discursos. Además de las anteriores muestras, podríamos añadir aún volantes de propaganda como los

²⁵ Cfr. *L'Espurna*, 22 agosto 1888, p. 2; «Enero de 1892. Prensa carlista española», *El Estandarte Real*, enero 1892, s.p.; «La prensa carlista», *Correo Catalán*, 27 junio 1893, ed. mañana, p. 10; C.. «La prensa carlista», *Correo Catalán*, 17 julio 1894, pp. 3-4, y *Organización carlista. Libro de Honor. Juntas regionales-Juntas provinciales-Juntas de distrito y locales-Círculos. 1896*, Madrid, 1896, p. 103.

²⁶ Museo Cerralbo (Madrid), C. VI, n° 38, Francisco Martín Melgar al Marqués de Cerralbo (Venecia, 10 diciembre 1890).

²⁷ N., «Periodismo católico», *El Correo Español*, 21 diciembre 1888, p. 1.

que distribuía en 1897 la Juventud carlista de Teruel con los títulos *Quiénes somos* y *Lo que queremos*²⁸. O bien, por último, poesías —Pantaleón Gómez Casado, un carlista de Palencia, recopiló en un volumen las que había leído en el círculo de su ciudad²⁹—, canciones y partituras, como los pasodobles para piano *El ataque de Castelló* o *La entrada de D. Carlos*. Sin embargo, estas últimas modalidades estaban ya en un cierto desuso tras una etapa de máxima circulación durante el Sexenio democrático. Las tres principales editoriales carlistas en la etapa 1888-1900 fueron la Biblioteca Tradicionalista, La Biblioteca Regional y La Hormiga de Oro, todas con sede en Barcelona. La primera, creada en 1889 por Francisco de Paula Oller, editaba tres periódicos —*Lo Crit d'España*, *El Estandarte Real* y *La Carcajada*— y un almanaque. Su oferta de obras agrupaba tanto las editadas por la propia casa como otras que, debido a su temática o autoría, eran consideradas adecuadas para su distribución. Libros como los *Episodios tradicionalistas* de Joaquín Llorens, *La Heroína de Castellfort* de Jorge de Pinares o los tres volúmenes del *Álbum de personajes carlistas* de Oller, con dibujos de Paciano Ross, eran algunos de los que la Biblioteca Tradicionalista dio a la luz entre 1889 y 1892, cuando la empresa cerró y Oller emigró al continente americano³⁰. La Biblioteca Regional, a su vez, editaba los semanarios *Lo Mestre Titas* (1897-1900), con su propio almanaque, y *Lo Teatro Catòlich* (1899-1901). En octubre de 1899 el primer semanario insertaba un anuncio de la Biblioteca Regional con los títulos siguientes: *Los Consejos del Cardenal Sancha* del P. Corbató, *Observaciones que los Consejos del Sr. Cardenal Sancha han inspirado a Un Ciudadano español*, *Táctica de Infantería* y *Catalunya Autònoma*. El autor de los dos últimos era el joven Joan Bardina, que en 1900 vería publicados tres trabajos más: *Catalunya y els Carlins*, *Aparisi* y *Guijarro* y *Orígenes históricos del carlismo*. Esta editorial contaba asimismo en su catálogo con una vasta oferta de obras teatrales, especialmente recomendadas para las sociedades católicas³¹. La Hormiga de Oro, propiedad de Luis M. de Llauder, por último, se creó en tres fases: en 1884 salió a la calle la revista *La Hormiga de Oro*, en 1885 se fundó la librería homónima y en 1887 se creó la imprenta. De las tres casas editoriales que analizamos, ésta fue sin duda alguna la más sólida y de más larga pervivencia. Más allá del ámbito periodístico, La Hormiga de Oro editó y distribuyó obras religiosas y algunas de temática carlista, como por ejemplo *Don Carlos en las Indias* (1887) del príncipe de Valori o la *Campaña del Norte de 1873 a 1876* (1897) de Antonio Brea. La librería ofrecía, por su parte, las obras de Pereda, Polo y Peyrolón o Hernández Villaescusa, además de libros dedicados a san José y a la Semana Santa o las obras espirituales del P. Nieremberg. La labor de La Hormiga de Oro en el campo católico resultó muy notable. A fines del siglo XIX, la letra impresa publicada y distribuida por las empresas carlistas fue, a su vez, ingente.

²⁸ «La Juventud de Teruel», *Correo Catalán*, 5 diciembre 1897, pp. 8-9.

²⁹ P. GÓMEZ CASADO, *Poesías leídas en las veladas del Círculo Tradicionalista de Palencia en 1895-96 por su autor...*, Palencia, s.f..

³⁰ Sobre Oller, cfr. *Album de Honor a Francisco de P. Oller*, Buenos Aires, 1935.

³¹ «Libres», *Lo Mestre Titas*, 14 octubre 1899, p. 2, y *Lo Teatro Catòlich*, marzo 1901, p. 48.

Tanto la propaganda a través de la imagen como la oral adquirieron asimismo una gran importancia en la revitalización del carlismo finisecular. No se trataba, sin embargo, de una novedad. Ya Julio Nombela había dedicado en el Sexenio interesantes comentarios a la *propaganda artística* o *poesía de la propaganda*. En aquellos años, escribía, se utilizó desde «*la anécdota a la frase, desde el romance al himno, desde el retrato al grupo, todos estos procedimientos, de mayor eficacia, que impresionan más, que hablan al sentimiento y a la imaginación*», ya que el pueblo español, como todos los pueblos, «*entienden mejor un himno que un discurso, se exaltan más en presencia de un cuadro que ante un claustro académico, y se animan mejor con un romance que con un libro docto y atildado*». Esta forma de propaganda, básica para infundir fe y esperanza, se plasmaba en fotografías y retratos al óleo del pretendiente, en himnos, polcas y valseos, en pañuelos «*con retratos de don Carlos y doña Margarita, de D. Alfonso y de los jefes más distinguidos, malamente estampados*», en cajas de cerillas y petacas con los retratos de estos mismos personajes, o bien en broches y pendientes con las iniciales de don Carlos o con margaritas. En conjunto, concluía Nombela,

«*concurría a despertar entusiasmo en los carlistas, curiosidad en sus adversarios, deseo de que fuera verdad cuanto se anunciaba, en esa innumerable clase social que no se halla afiliada a los partidos y sólo anhela paz, justicia y bienestar*»³².

En la década finisecular nos encontramos en primer lugar, por lo que a la propaganda a través de la imagen se refiere, con carteles y retratos de don Carlos, de su familia o de los principales dirigentes del carlismo. La Biblioteca Tradicionalista, por ejemplo, anunciaba a fines de 1890 un par de retratos de don Carlos, una fototipia de don Carlos en Chile, además de dos fotografías del pretendiente, una de la infanta Blanca y otra más de su marido, el archiduque Leopoldo Salvador. De retratos y fotografías de don Carlos los había de diferentes tamaños, calidades y precios, desde un gran retrato a dos tintas de 83 por 58 centímetros ideal para círculos tradicionalistas y redacciones de periódicos, según el anuncio publicado en los primeros meses de 1890 en la primera página del *Correo Catalán*, hasta una fotografía de 47 por 31 centímetros, que constituía un «*Recuerdo digno de figurar en la casa de todo tradicionalista*»³³. Con el paso de los años la oferta se amplió con nuevos retratos del pretendiente, anunciados junto a otros de su hijo Jaime, así como con variados retratos y fotografías de la familia real. En 1897 se comercializaba una «*Artística Oleografía (a 16 tintas) de Don Carlos de Borbón*», editada por la *Biblioteca Popular Carlista*, ideal para círculos tradicionalistas, que constituía «*el mayor y mejor retrato que*

³² J. NOMBELA, *Detrás de las trincheras. Páginas íntimas de la guerra y la paz desde 1868 hasta 1876*, Madrid, 1876, pp. 201-231. Asimismo, cfr. J. M. TUDURI, «Fotografía y Segunda guerra carlista en el País Vasco», en F. RODRÍGUEZ DE CORO, coord., *Los carlistas 1800-1876*, Vitoria, 1991, pp. 331-352.

³³ *Biblioteca Tradicionalista. Almanaque para 1891*, Barcelona, 1890, s.p., y *Correo Dertosenese*, 12 febrero 1890, [p. 2].

se ha publicado del señor duque de Madrid»³⁴. Con su retrato, el pretendiente presidía los actos de los círculos y la propia casa de los carlistas. Su imagen — su recuerdo — era uno de los principales elementos cohesionadores del partido. También se comercializaron retratos de los dirigentes carlistas: el marqués de Cerralbo, Vázquez de Mella, el marqués de Valde-Espina, Polo y Peyrolón, Llorens o el P. Corbató. En mayo de 1896 se hizo una edición especial para los círculos tradicionalistas de un retrato de tamaño natural y a ocho tintas del marqués de Cerralbo³⁵. La prensa anunciaba además láminas de batallas importantes en el imaginario carlista, como Lácar y Montejurra³⁶. Paralelamente se pusieron en venta bustos de don Carlos — como en años precedentes se hizo en Francia con el conde de Chambord y en Portugal con Don Miguel —, de varios tamaños y materiales: mármol de Carrara, bronce, yeso bronceado o barro, con precios que oscilaban entre las dos mil pesetas el de mármol y las cuatro el de barro³⁷.

El etiquetado de las botellas de licor constituyó una nueva fórmula propagandística. Una destilería manresana elaboraba desde 1889 el *Elixir Carlos de Borbón* y un licor llamado *Reina Margarita*. La prensa carlista recomendó estos productos, propiciando que el propietario de la empresa Angel Trémols, socio del Círculo tradicionalista de Manresa, mandase una carta de promoción a los presidentes de todos los círculos carlistas españoles. En ella se destacaba sobre todo un elemento: la etiqueta del elixir era «el retrato del Rey, vestido con uniforme de Capitán General y boina»³⁸. También en 1889 empezó a distribuirse el *Licor Flor de Lis*, motivando alusiones muy parecidas a las anteriores en la prensa carlista:

«El destilador y licorista señor Rubirola ha puesto a la venta un nuevo licor denominado *Flor de Lis* de sabor agradable y aroma sumamente fina que está llamado a adquirir gran aceptación por dichas cualidades y sus condiciones higiénicas y estomacales. En las etiquetas figuran retratos de los señores Duques de Madrid»³⁹.

Posteriormente les tocó el turno a Antonio y Eduardo Gualba, propietarios de una destilería en Mataró, que iniciaron la comercialización del anís *Don Carlos*

³⁴ Cfr., por ejemplo, *Correo Catalán*, 4 junio 1897, ed. mañana, p. 2.

³⁵ «Movimiento carlista», *El Correo Español*, 30 mayo 1896, p. 2.

³⁶ *El Nuevo Cruzado*, 23 octubre 1897, p. 8.

³⁷ El anuncio de los bustos de mármol, bronce y yeso bronceado apareció frecuentemente a partir de 1893 en *El Correo Español*. El busto de barro, en *El Nuevo Cruzado*, 23 octubre 1897, p. 8. Sobre los bustos y retratos del conde de Chambord y de Don Miguel, cfr. H. BAUQUIER, *Histoire iconographique du Comte de Chambord*, París, 1942, y A.B.M. da SILVA, *Miguelismo. Ideología e mito*, Coimbra, 1993, pp. 317-330.

³⁸ V., «En Manresa», *Lo Crit d'Espanya*, 6 septiembre 1889, p. 3, y Arxiu Històric Comarcal d'Olot (Olot), Asociaciones, Fondo Montepío de San Carlos Borromeo, *Facturas y recibos, 1889-1898*, Angel Trémols a Tomás Cardelús, presidente del Círculo tradicionalista de Olot (Manresa, 4 septiembre 1889). En 1890, otro periódico informaba, tras la recomendación de los productos de la empresa de Trémols, que su propietario «ha conseguido el distinguido honor de ser nombrado proveedor de la Casa real de nuestro augusto Jefe D. Carlos de Borbón». *Correo de Tortosa*, 22 septiembre 1890, [p. 2].

³⁹ *Correo Catalán*, 25 diciembre 1889, p. 6.

de Borbón y del licor *Don Jaime de Borbón*. El anuncio insertado en la prensa reproducía las etiquetas e incidía básicamente en dos aspectos: en primer lugar, que se trataba de especialidades para el consumo en los círculos tradicionalistas —en estas entidades, el café era un espacio fundamental—, y, en segundo, que presentaban una «*lujosa y alegórica etiqueta al cromo en el embotellado*», aparte de ser de clase superior o «*exquisito sabor*»⁴⁰. La calidad, como puede observarse, restaba en un segundo plano en favor de las etiquetas. Al fin y al cabo, su consumo —el café del Círculo tradicionalista de Olot adquirió unos treinta litros de anís *Don Carlos de Borbón* en 1892 y más de sesenta al año siguiente— era esencialmente un acto nostálgico o de reafirmación identitaria, unos elementos que, como demostró Pierre Bourdieu, mediatizan el gusto⁴¹.

Junto a los licores se comercializó papel de fumar carlista. Ya en el transcurso del Sexenio democrático la prensa había anunciado libritos de papel de fumar para cigarrillos *Marca Carlos VII*. A fines de siglo se comercializaron con los nombres o con los retratos de los integrantes de la familia *real*, del marqués de Cerralbo, Llauder, Vázquez de Mella, Aparisi y Guijarro o el marqués de Tamarit⁴². Y, por último, en este repaso a las formas que adquirió la propaganda a través de la imagen, nos encontramos con las tarjetas postales y los sellos. Las tarjetas aparecieron a comienzos de 1899, con bustos de don Carlos y su segunda esposa M^a Berta de Rohán: «*Es una propaganda tan útil como legal —aseguraba la prensa del partido⁴³—, y merced a ella se implanta en España una costumbre muy seguida en el extranjero, donde la mayoría de las tarjetas postales, además del timbre, llevan los retratos de los personajes de cada nación.*» Aproximadamente al cabo de un año vieron la luz varias emisiones de sellos carlistas. Las dos primeras, aparecidas en enero, representaban el busto de don Carlos bajo el lema *Dios, Patria y Rey*, adornado con flores de lis. Las dos siguientes representaban a la duquesa de Madrid, obra de Utrillo, en colores verde y carmín. La Biblioteca Popular Carlista se ocupó de su distribución, al mismo tiempo que la revista homónima anunciaba en sus páginas, junto a los anteriores, unos «*Sellos del Reinaré*». Poco después llegó a las librerías y quioscos una colección de sellos del pretendiente junto con el lema *Dios, Patria, Rey, Fueros*, que incluían en los ángulos los escudos de Castilla, León, Navarra y Cataluña. El nombre con el que fueron bautizados estos sellos incidía plenamente en su función: sellos de propaganda carlista⁴⁴. El principal referente debe buscarse en las emisiones del servicio de correos del Estado carlista durante la

⁴⁰ El anuncio, en *Biblioteca Tradicionalista. Almanaque para 1892*, Barcelona, 1891, s.p.

⁴¹ P. BOURDIEU, *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto* [1979], Madrid, 1988. Los datos sobre el consumo de licor en el Círculo tradicionalista de Olot han sido elaborados a partir de Arxiu Històric Comarcal d'Olot (Olot), Asociaciones, Fondo Montepío de San Carlos Borromeo, *Facturas y recibos, 1889-1900*.

⁴² *Correo Catalán*, 15 febrero 1890, ed. mañana, p. 4, y *Correo Catalán*, 24 enero 1897, p. 8.

⁴³ *Correo Catalán*, 20 enero 1899, ed. mañana, p. 6. Sobre las tarjetas postales en España, cfr. F. CARRERAS CANDI, *Las tarjetas postales en España*, Barcelona, 1903.

⁴⁴ *Correo Catalán*, 1 enero 1900, p. 2; 3 enero 1900, ed. mañana, p. 6; 5 enero 1900, p. 3; 21 enero 1900, p. 7; 16 febrero 1900, ed. mañana, p. 3; 17 febrero 1900, ed. mañana, p. 3; 7 marzo 1900, ed. mañana, p. 4, y 18 marzo 1900, p. 1.

guerra de 1872-1876. El diario *Correo Catalán* publicó en 1900 un artículo titulado «Propaganda filatélica», en directa referencia a los nuevos sellos:

«Estamos en el siglo de la propaganda. No hay idea que no se propague por medio del grabado. De suerte que nadie puede llamarse a engaño respecto del conocimiento de hombres y cosas de algún valor y mérito.

Después de la propaganda por medio de las tarjetas postales, que, pasadas por correo, constituyen otras de las preocupaciones de nuestros coleccionistas, han venido los sellos a extender el campo de la propaganda.

[...] los sellos visten mucho en tarjetas de felicitación, en los comienzos de cartas y en todos los escritos y documentos que pueden circularse y servir de propaganda.

De repetirse el procedimiento, tan fácil como económico, se obtiene una propaganda eficaz, porque el sello se comprende»⁴⁵.

El sello se comprende... Con esta preclara fórmula se comunicaba la efectividad de la propaganda a través de la imagen. Así lo comprendieron todos los movimientos políticos que disponían de amplias bases —carlistas y republicanos—, tanto en los años del Sexenio como en los de la primera etapa de la Restauración. Nacionalistas catalanes y vascos editaron asimismo sellos de propaganda en los años finales del siglo XIX⁴⁶. La última década, por lo que al carlismo se refiere, coincidiendo con su revitalización, constituyó una etapa de especial intensidad para este tipo de propaganda política. La abundante utilización que hicieron de ella, a principios del Novecientos, los mauristas y, en especial, los republicanos seguidores de Lerroux —papel de fumar *¡Maura sí!* y *Lerroux*, junto al ron y al vermú que llevaba el nombre del caudillo republicano, el anís *Ruiz Zorrilla* y el anís *Maura*, además de tarjetas postales, sellos, plumas y retratos varios⁴⁷— no debiera ser interpretada como una novedad sino como una adaptación de prácticas anteriores en el marco de formaciones nuevas o, como mínimo, renovadas.

LAS EXCURSIONES DEL MARQUÉS DE CERRALBO

Fue la propaganda oral, no obstante, la que reportó unos resultados más espectaculares al partido carlista a fines del siglo XIX, en especial por lo que se

⁴⁵ «Propaganda filatélica», *Correo Catalán*, 9 febrero 1900, ed. tarde, pp. 3-4. Sobre las emisiones de la época de la Segunda guerra carlista, cfr. J. M. CERRATO GARCÍA, «Historia postal de la II Guerra Carlista 1872-1876», en F. RODRIGUEZ DE CORO, coord., *Los carlistas 1800-1876*, pp. 311-327.

⁴⁶ Cfr. S. NATHAN, *Spanish Separatist Stamps*, Brighton, 1976; J. L. MARFANY, *La cultura del catalanisme*, Barcelona, 1995, pp. 245-251, y P. ANGUERA, «Modernitat i contundència de la primera propaganda catalanista», *L'Avenç*, n.º 179, 1994, pp. 10-15.

⁴⁷ Cfr. J. GUTIÉRREZ-RAVÉ, *Yo fui un joven maurista*, Madrid, s.f., p. 188; J. B. CULLA I CLARÀ, *El republicanisme lerrouxista a Catalunya (1901-1923)*, Barcelona, 1986, pp. 118-119; M. J. GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, *Ciudadanía y acción. El conservadurismo maurista, 1907-1923*, Madrid, 1990, pp. 149-150, y Á. DUARTE, «La Liga Republicana Española en la Argentina: política y sociabilidad (1903-1907)», *Anuario del IEHS*, VIII, 1993, p. 324, n. 110.

refiere a la extensión y a la consolidación de una sólida estructura organizativa. Los grandes viajes de propaganda se convirtieron, sin duda alguna, en las manifestaciones más apreciables de este tipo de propaganda, junto con excursiones más limitadas, ya fuese a una provincia, a una comarca o a una población concreta. La conversación, las reuniones, los brindis y los discursos constituían elementos indisociables de estos viajes. Como también lo eran de las numerosas veladas —literarias, artísticas, políticas— organizadas por los círculos tradicionalistas en fiestas señaladas o bien con mayor o menor regularidad. Unas entidades que, en algunas ocasiones, poseían secciones específicas con funciones propagandísticas, como en el caso de Manresa, cuyo círculo creó en 1896 una junta de propaganda, integrada por socios jóvenes, «a fin de organizar frecuentemente veladas literarias y excursiones de propaganda por los pueblos vecinos»⁴⁸. La propaganda era, en todo caso, una de las funciones principales de los círculos tradicionalistas en la España finisecular⁴⁹. El marqués de Cerralbo, en un discurso pronunciado en febrero de 1890, tras afirmar que los círculos tradicionalistas eran «una imperiosa necesidad de la época», añadía: «Los Círculos son organismos de la más activa propaganda y de la más entusiasta organización». Luis M. de Llauder insistía años más tarde, reproduciendo unas indicaciones de don Carlos, en que los círculos debían ser «focos de propaganda efectiva», mientras que, por último, el propagandista Manuel Polo y Peyrolón aseguraba que «cuanto allí se proyecta y cuanto de allí sale, es propaganda ferviente de nuestras doctrinas y propósitos»⁵⁰. Volvamos, sin embargo, a los viajes de propaganda. La excursión que llevó al marqués de Cerralbo a tierras catalanas y valencianas en los primeros meses del año 1890 sirvió como patrón en este tipo de actividades en el carlismo fin-de-siglo. A mayor o menor escala, el resto de viajes propagandísticos siguieron sus pautas. No quedaban muy lejanos los días en los que Francisco Pi y Margall, el líder republicano más activo del momento en el aspecto político, había emprendido algunas excursiones de propaganda con el objetivo de despertar a sus bases del aletargamiento causado por la implantación del régimen restauracionista⁵¹. Los resultados, no obstante, no son comparables con los obtenidos por el marqués de Cerralbo.

El *Correo Catalán* informó a sus lectores a fines de noviembre de 1889 que el marqués de Cerralbo iba a «emprender un viaje por Servia, Rumanía, Bulgaria, Rumelia, Turquía, Dalmacia, y volver a Venecia por Graz, y a Madrid por Milán, Génova, Niza, Barcelona y Valencia»⁵². Éste era el origen del viaje de propaganda que el prócer castellano emprendió entre los meses de febrero y

⁴⁸ *Correo Catalán*, 18 marzo 1896, ed. tarde, p. 3.

⁴⁹ Cfr. J. CANAL, «Sociabilidades políticas en la España...».

⁵⁰ «En el Círculo Tradicionalista de Barcelona. Velada en obsequio al señor Marqués de Cerralbo», *Correo Catalán*, 16 febrero 1890, pp. 15-18; L. M. DE LLAUDER, «Desde Venecia», *Correo Catalán*, 12 agosto 1894, p. 7, y M. POLO y PEYROLÓN, «Los Círculos Carlitas», *Biblioteca Popular Carlista*, vol. XII, junio 1896, p. 86.

⁵¹ Cfr. E. VERA y GONZÁLEZ, *Pi y Margall y la política contemporánea*, vol. II, Barcelona, 1886, pp. 994-1005, y E. RODRÍGUEZ SOLÍS, *Historia del Partido republicano español (De sus protagonistas, de sus tribunos, de su héroes y de sus mártires)*, vol. II, Madrid, 1893, pp. 760-772.

⁵² *Correo Catalán*, 19 noviembre 1889, ed. mañana, p. 6.

abril de 1890 por diferentes poblaciones de Cataluña y del País Valenciano. Se trataba de la última etapa de un trayecto iniciado en septiembre de 1889 en el País Vasco, con visitas a Guernica, Ermua y, entre otras poblaciones, Bilbao, siempre con el objetivo de estimular los trabajos de reorganización del partido. Desde allí se dirigió a Austria para asistir a la boda de la hija de don Carlos y Margarita, Blanca, con el archiduque Leopoldo Salvador. El marqués de Cerralbo, junto con su familia, aprovechó la ocasión para viajar y, asimismo, para departir largo y tendido con el pretendiente, satisfaciendo así los ruegos hechos por éste a través de su secretario particular⁵³. Como consecuencia de todas las anteriores circunstancias, además de la epidemia de gripe que en el mes de enero afectaba a la ciudad condal, la llegada a Cataluña se aplazó en varias ocasiones. La fecha se mantuvo incierta hasta el último momento, generando muestras de impaciencia y nerviosismo, de entusiasmo y, también, una cierta confusión⁵⁴. Finalmente, el día 12 de febrero de 1890 por la noche el marqués de Cerralbo, acompañado por su esposa y sus hijos, llegó a Barcelona. En la estación le recibieron, según la prensa del partido, unas cuatrocientas personas entre las que se encontraban «los más caracterizados carlistas de Barcelona, pertenecientes a la nobleza, a las armas, a las letras, a la industria y al comercio»⁵⁵. No era la primera vez que visitaba esta ciudad desde la escisión integrista. Durante la Exposición Universal de 1888 había asistido ya a los actos preparados en su honor por el Círculo legitimista, el Centro tradicionalista y el Centro Católico Popular⁵⁶. La estancia del año 1890 se prolongó por espacio de un par de meses, entre el 12 de febrero y el 9 de abril, cuando tomó el tren que había de transportarle a Valencia. Permaneció en la ciudad de Barcelona más de la mitad de los días y, desde allí, emprendió seis salidas por tierras de Cataluña: a Vic y Olot, entre el 22 y el 27 de febrero; a Manresa, del 1 al 3 de marzo; a Igualada y Capellades, los días 9 y 10 de marzo; a Tortosa, Tarrago-

⁵³ «¿No le será a V. posible dedicar una temporadita al Señor, viniendo a Venecia a resolver con calma tantas graves cuestiones pendientes? Mucho lo celebrará el Rey.» Museo Cerralbo (Madrid), C. V, nº 5, Francisco Martín Melgar al Marqués de Cerralbo (Venecia, 30 agosto 1889). Sobre las actividades de la familia Cerralbo durante el viaje, cfr. *Correo Catalán*, 21 diciembre 1889, ed. mañana, p. 7.

⁵⁴ El marqués de Cerralbo, en carta fechada en Roma, contaba al secretario de la Junta regional valenciana los motivos del retraso: las estancias en Venecia y Viareggio «en servicio de nuestra gran comunión» y la precaria situación de la salud pública en España, que hacían que «tal vez sea inoportuna y aun perjudicial mi llegada». «Carta del Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo», *El Correo Español*, 27 enero 1890, p. 1. Sobre el estado de la salud pública, Melgar escribía: «Llauder, antes de caer en cama con la influenza, me escribió p[ar]a q[u]e aconsejase a V. q[u]e retrasara un poco su ida a Barcelona, pues si llegaba en plena epidemia, el retraimiento producido por ésta sería explotado por los nocedalinos como signo de frialdad carlista, mientras q[u]e si llega V. en época normal, el recibimiento será cosa nunca vista, pues hay grandes y largos preparativos.» Museo Cerralbo (Madrid), C. V, nº 31, Francisco Martín Melgar al Marqués de Cerralbo (Venecia, 14 enero 1890). Sobre el nerviosismo de don Carlos, cfr. Museo Cerralbo (Madrid), C. V, nº 35-36, Francisco Martín Melgar al Marqués de Cerralbo (Venecia, 3 y 4 febrero 1890).

⁵⁵ «La llegada del Sr. Marqués de Cerralbo», *Correo Catalán*, 13 febrero 1890, ed. mañana, p. 7.

⁵⁶ Cfr. *Correo Catalán*, 20 octubre 1888, ed. mañana, p. 4; «Comisión del Banquete en honor del excelentísimo señor Marqués de Cerralbo», *Correo Catalán*, 27 octubre 1888, ed. mañana, p. 6; *Correo Catalán*, 29 octubre 1888, pp. 4-5; *Correo Catalán*, 2 noviembre 1888, p. 2, y «L'Excm. Sr. Marqués de Cerralbo en Barcelona», *L'Espurna*, 9 noviembre 1888, pp. 6-7.

na, l'Espluga de Francolí, Montblanc y Poblet, entre los días 22 y 26 de marzo; a Montserrat, los dos primeros días del mes de abril, y, por último, una pequeña excursión a Vilanova y Sitges, el 7 de abril⁵⁷. El objetivo de las excursiones era doble: calibrar sobre el terreno el estado del carlismo y el efecto de los trabajos de reorganización iniciados tras la escisión integrista, y, en segundo lugar y complementariamente, afianzar, justificar y, al propio tiempo, estimular estos trabajos.

Las visitas del marqués de Cerralbo a las poblaciones catalanas presentaban un esquema casi idéntico: recepciones triunfales, brindis, visitas a la ciudad, recepciones, veladas y discursos. Sin olvidar los banquetes, que se repetían día tras día, fomentando la sociabilidad entre los carlistas. El partido del pretendiente Carlos los incorporó plenamente a sus actos en la etapa finisecular impulsado por el éxito de los organizados por los legitimistas franceses tras el *grand refus* de 1873, a su vez inspirados en el modelo de los grandes banquetes republicanos de 1847-1848⁵⁸. La comunicación más oficializada entre el prócer castellano y los representantes locales y las bases carlistas se producía a través de los parlamentos públicos del primero: brindis en los banquetes y discursos en las veladas —dieciséis en total—, culminando en todas las ocasiones, en el momento estelar del acto, retahílas de intervenciones de dirigentes regionales, provinciales y locales. Aunque todos diferentes entre sí, tanto por el contenido como por lo que a la estructura se refiere, aparecían repetidamente una serie de temas y de recursos oratorios. Tres cuestiones conformaban la base de los parlamentos cerralbistas. En primer lugar, las menciones al pasado y al presente de Cataluña —tradicionalismo y liberalismo, a fin de cuentas—, con el carlismo como punto de enlace con el pasado y como solución para el presente. Las referencias históricas aparecían en todos los discursos, adjetivados como «ampulo-

⁵⁷ Estaba previsto, en un principio, publicar un extenso folleto con la crónica del viaje del marqués de Cerralbo por Cataluña y Valencia, obra del joven publicista Juan B. Falcó, así como con los discursos pronunciados por Cerralbo y otros dirigentes carlistas en el transcurso de la excursión. Cfr. *Correo Catalán*, 20 febrero 1890, ed. mañana, p. 7, y *Lo Crit d'Espanya*, 21 febrero 1890, p. 6. A principios de noviembre de 1890, la aparición del primer cuaderno de esta obra parecía inminente: «Próxima a publicarse en esta Capital con autorización y beneplácito del Excmo Sñor Marqués de Cerralbo una obra por entregas acerca del glorioso y triunfal viaje de dicho Señor por el Principado Catalán me tomo la libertad de dirigirme a V. recomendándole dicha obra y suplicándole preste su valioso apoyo que redundará en bien de nuestra Causa.» Arxiu Històric Comarcal d'Olot (Olot), Asociaciones, Fondo Círculo Tradicionalista de Olot y su Comarca, Correspondencia, Juan B. Falcó al presidente del Círculo tradicionalista de Olot (Barcelona, 8 noviembre 1890). El proyecto nunca llegaría a buen término. Solamente se editó uno de los discursos: *Discurso leído por el Marqués de Cerralbo el día 15 de febrero de 1890 en los salones del Centro Tradicionalista de Barcelona*, Vic, 1890. Este folleto no aparece, sin embargo, en la relación de publicaciones del marqués de Cerralbo recientemente elaborada por P. DE NAVASCUÉS BENLLOCH, C. CONDE DE BEROLDINGEN GFYR y C. JIMENEZ SANZ, *El Marqués de Cerralbo*, p. 45. Para un seguimiento de los pormenores del viaje por Cataluña y el País Valenciano, cfr. la tesis de licenciatura de J. CANAL, *La reorganización del carlismo a la primera etapa de la Restauración (1876-1900)*, U.A.B., 1991, vol. I, ff. 81-190. La versión completa de todos los parlamentos del prócer castellano puede encontrarse en *ibid.*, vol. II, ff. 5-130.

⁵⁸ Cfr. J. P. BLEDE, *Les llyes en exil ou la seconde mort de l'Ancien Régime*, París, 1992, pp. 293-296.

«*sos y altisonantes*» por el conde de Rodezno⁵⁹. Las alusiones descendían desde el pasado nacional hasta aquellos acontecimientos o personajes que, conformándolo, estaban en directa relación con el sitio en el que tenía lugar el parlamento. De esta manera, usando sus amplios conocimientos en los terrenos artístico, histórico y arqueológico, el marqués de Cerralbo se refirió a Balmes en Vic, a los volcanes en Olot y al Bruc y a San Ignacio de Loyola en Manresa. La gran Cataluña del pasado, inseparable de la grandeza de España, enlazaba por vía directa con el carlismo a través de la Monarquía y la Fe, que en el fondo fundíanse en la Tradición⁶⁰. Sin embargo, los discursos de Cerralbo no contenían ni análisis en detalle de los problemas ni soluciones concretas, sino referencias abstractas y grandilocuentes declaraciones sobre todo, nivel en el que tenía lugar, como Álvarez Junco ha mostrado para el caso de Lerroux, la sintonía entre el orador político y los asistentes a este tipo de actos⁶¹. La segunda cuestión era la entrada del carlismo en una nueva fase, caracterizada por la propaganda y una febril actividad, que adoptaba a los círculos tradicionalistas como centros irradiadores. Estas entidades debían convertirse en el núcleo de la nueva organización partidista. Como tales aparecieron en la mayoría de los discursos pronunciados durante el viaje de propaganda de 1890. Eran, en palabras del prócer castellano, «*la voz y el corazón del carlismo*», las «*casas del Rey*»⁶². El tercer punto, por último, estaba integrado por las referencias a las manifestaciones que se estaban produciendo en Cataluña durante la excursión. En todos y cada uno de sus parlamentos, el marqués de Cerralbo aludió a las remarcables demostraciones que tenían lugar en Cataluña con motivo de su presencia —«*A grandes manifestaciones carlistas he asistido en esta heroica, leal y bizarra tierra de Cataluña*», aseguró en Tarragona⁶³—, interpretables como muestras de la fidelidad de los carlistas al duque de Madrid y de la vitalidad del carlismo catalán. Permitían, en todo caso, depositar muchas esperanzas en el futuro. El prócer castellano llegó incluso a calificar su viaje como preludio del «*viaje definitivo, grandioso y restaurador*» de don Carlos⁶⁴.

El balance del viaje que realizó la prensa carlista fue muy positivo, considerándolo una clara muestra de su fuerza y, asimismo, de los insignificantes

⁵⁹ «*Sus síntesis históricas* —afirmaba asimismo Rodezno—, que empezaban en Recaredo y acababan plantando el estandarte de los Reyes Católicos en los muros de Granada, todo en un párrafo de difícil respiración, o sus cantos al árbol de Guernica, de copiosa paginación, entusiasmaban a las masas carlistas, no acostumbradas a este género de propaganda.» Conde de RODEZNO, *Carlos VII, Duque de Madrid*, Madrid, 1929, p. 231.

⁶⁰ «*Nosotros, pues, los carlistas* —sostenía el marqués de Cerralbo en Igualada—, *somos la raza de Viriato y de Sertorio, la de Recaredo y Pelayo, la de Wifredo y García Jiménez, la del Cid y Cortés, la de Carlos I y Carlos VII.*» «El Marqués de Cerralbo en Igualada. Discurso pronunciado por el Excmo. Señor Marqués de Cerralbo en el Círculo Tradicionalista», *Correo Catalán*, 13 marzo 1890, ed. mañana, p. 8.

⁶¹ J. ÁLVAREZ JUNCO, *El Emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, Madrid, 1990, pp. 233-234. Cfr. también J. M. DOMÉNACH, *La propaganda...*, pp. 58-59.

⁶² «Los Marqueses de Cerralbo a los Círculos Tradicionalistas de Cataluña», *Correo Catalán*, 7 abril 1890, p. 10.

⁶³ «El Marqués de Cerralbo en Tarragona», *Correo Catalán*, 24 marzo 1890, p. 8.

⁶⁴ «Discurso pronunciado por el Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo en la velada de anteayer del Círculo Tradicionalista de Barcelona», *Correo Catalán*, 18 marzo 1890, ed. mañana, p. 6.

efectos de la escisión de 1888. Por su parte, Leandro Herrero pronosticaba que el ejemplo catalán sería seguido a corto plazo por toda España⁶⁵. El día 6 de abril, cuando el recorrido por tierras catalanas tocaba casi a su fin, los marqueses de Cerralbo ofrecieron un banquete en el barcelonés Restaurante de Francia a los dirigentes carlistas y sus esposas y a los presidentes de círculos tradicionalistas o de centros de filiación carlista de Cataluña. A la hora de los brindis, el prócer esbozó en su parlamento una valoración de su viaje de propaganda, que tildó de «*colosal manifestación de amor y fuerza*», para pasar a continuación a la lectura de una carta, con fecha 2 de abril, remitida por don Carlos:

«Mi querido Cerralbo: Mucho agradezco tu carta, elocuente resumen de tu viaje por Cataluña. ¡Con qué orgullo he visto las espléndidas manifestaciones de que has sido objeto, y con qué entusiasmo he leído los levantados discursos pronunciados por tí y tus dignos compañeros!

Aclamado tantas veces por el pueblo español, fácilmente imagino tu emoción al asistir a espectáculos semejantes.

No quiero que salgas de esa tierra de valerosos y de fuertes sin enviarte un saludo de gratitud para todos los que ahí te han formado escolta de honor.»

Tras las felicitaciones, que se sumaban a las muchas recibidas a lo largo de esta excursión de propaganda⁶⁶, el pretendiente nombraba al marqués de Cerralbo su delegado en España, cargo que permanecía vacante desde la muerte de Cándido Nocedal en 1885. Luis M. de Llauder, a la sazón jefe regional de Cataluña, en unas palabras pronunciadas pocos minutos después de la intervención del prócer castellano, afirmaba: «*Hubo un momento que murió un estadista que estuvo al frente de nuestra Comunión. Entonces decíamos: ¿Quién le sustituirá? Hoy, ya lo sabéis, la Providencia lo ha sustituido designando al Señor Marqués de Cerralbo.*» El éxito del viaje de propaganda por Cataluña entre los meses de febrero y abril de 1890 precipitó esta decisión: «*La aclamación popular de los leales —concluía el duque de Madrid— te ha dado el nombre, con que ya te designaba mi confianza y mi cariño, de representante mío*»⁶⁷.

⁶⁵ TULIO [L. HERRERO], «Honor a Cataluña», *El Correo Español*, 20 febrero 1890, p. 1. Cfr. también L. G[ONZÁLEZ] DE GRANDA, «La manifestación carlista de Barcelona», *El Cabecilla*, 22 febrero 1890, p. 1.

⁶⁶ «*Que Dios te siga iluminando, mi querido Cerralbo —escribía don Carlos ya en los primeros días de la excursión por Cataluña—, ¡plaza llevar a feliz término la gloriosísima campaña q[ue] con tan brillantes auspicios has inaugurado.*» A principios de marzo el secretario del pretendiente, Francisco Martín Melgar, entró en contacto con el marqués de Cerralbo para transmitirle la satisfacción que se respiraba en el palacio Loredán: «*No necesito hacer frases retóricas para q[ue] comprenda V. el entusiasmo con q[ue] sigue el Rey la brillantísima campaña de V. Cada día está más orgulloso y más satisfecho de ella, esperando q[ue] produzca abundantes frutos.*» Museo Cerralbo, C. II, nº 14, Don Carlos al Marqués de Cerralbo (Venecia, 23 febrero 1890), y C. VI, nº 1, Francisco Martín Melgar al Marqués de Cerralbo (Venecia, 9 marzo 1890).

⁶⁷ «*Los Marqueses de Cerralbo a los Círculos Tradicionalistas de Cataluña*», *Correo Catalán*, 7 abril 1890, pp. 6-12. Las palabras de Llauder, en la p. 10. El original de la carta de don Carlos puede consultarse en Museo Cerralbo (Madrid), C. II, nº 2, Don Carlos al Marqués de Cerralbo (Palacio Loredán, 2 abril 1890).

LOS SUCEOS DE VALENCIA

Mientras el marqués de Cerralbo recorría Cataluña entre febrero y abril de 1890, los carlistas valencianos ultimaban los preparativos para la siguiente etapa del viaje. La animación y el optimismo crecían en las filas carlistas al mismo tiempo que lo hacían en las de sus detractores la indignación y la inquietud. En Valencia, según las informaciones del corresponsal del *Diario de Barcelona*, «se preparan manifestaciones, se teme que ocurran choques y el vecindario está alarmado»⁶⁸. El recuerdo de unos acontecimientos no demasiado lejanos en el tiempo y, menos todavía, olvidados, y, por encima de todo, el resurgimiento inesperado del partido carlista, en especial tras los éxitos alcanzados por el marqués de Cerralbo en Cataluña y el expreso deseo de repetirlos en tierras valencianas, se sumaron a una lucha político-social ya de por sí muy intensa en la que se encontraba inmersa la ciudad de Valencia y todo su radio de influencia. Existía, como sostenía *El Liberal*, irritación entre liberales y republicanos «por los alardes de los carlistas», así como voluntad de dedicar una hostil y ruidosa recepción al prócer castellano⁶⁹. La iniciativa procedía de Vicente Blasco Ibáñez y su tertulia en el Café de España, con el decisivo apoyo de *La Bandera Federal*⁷⁰. Los alborotos que se desarrollaron en Valencia en abril de 1890 formaban parte de un tipo de movilización al que el blasquismo recurrió frecuentemente en la etapa de entre siglos —en especial, en los años de su dominio de la ciudad, entre 1898 y 1911—, en tanto que forma extrema en un combate de *populismos* entablado con los sectores católicos⁷¹. Durante el trayecto Barcelona-Valencia, la comitiva carlista hizo un alto en Villarreal y, con posterioridad, paró unos momentos en Nules, en donde fue recibida con música por un grupo de carlistas. En Sagunto, en cambio, el intento de repetir la escena anterior se vio frustrado por los gritos y los silbidos que, junto con vivas a la libertad, le dedicaron unos centenares de personas concentradas en la estación⁷². Se trataba de un mero anticipo de lo que le esperaba al marqués de Cerralbo en Valencia.

Los sucesos del 10 de abril de 1890 fueron profusamente relatados y comentados por la prensa contemporánea. «¡Lastimoso, muy lastimoso es el cuadro que presentó ayer Valencia!», se podía leer, por ejemplo, en el diario *Las Provincias*⁷³. Sin lugar a dudas, el testimonio más interesante es el del propio afectado, el marqués de Cerralbo, que expuso los hechos seis días más tarde en

⁶⁸ *Diario de Barcelona*, 11 abril 1890, ed. mañana, p. 4573.

⁶⁹ Cfr. «Algarada liberalesca en Valencia», *El Correo Español*, 10 abril 1890, pp. 1-2, y «Valencia», *Las Provincias*, 10 abril 1890, p. 2.

⁷⁰ Cfr. J. JUST, *Blasco Ibáñez i València*, Valencia, 1929, p. 108; J. L. LEÓN ROCA, *Vicente Blasco Ibáñez*, Valencia, 1967, p. 79, y, del mismo autor, *Blasco Ibáñez y la Valencia de su tiempo*, Valencia, 1978, pp. 155-156.

⁷¹ Cfr. R. REIG, *Blasquistas y clericales. La lucha por la ciudad de Valencia en 1900*, Valencia, 1986.

⁷² «El motín de Valencia», *La Época*, 11 abril 1890, p. 1; *Correo Catalán*, 11 abril 1890, ed. mañana, p. 8, y A. OPISSO, *La Guardia Civil y su tiempo. Episodios de la historia contemporánea de España*, vol. II, Barcelona, [1914], p. 99.

⁷³ «Asuntos del día» y «Los sucesos de ayer. Viaje del Marqués de Cerralbo. En el camino», *Las Provincias*, 11 abril 1890, pp. 1 y 2-3.

una sesión del Senado⁷⁴. De la forma siguiente contaba su llegada a Valencia y los pormenores del traslado al Hotel de Roma:

«Al pisar el andén me enteraron de la gravedad de las circunstancias, que fácilmente advertí y comprendí desde el instante en que, saliendo a la escalinata de la estación, pude contemplar aquella fanática muchedumbre silbándome y lanzándome amenazas de muerte; pero mi decoro me advertía que ya no era hora de retroceder, sino que había llegado la de abordar los peligros.

Pasemos por alto los horrores que presencié y de que fui víctima en el tránsito desde la estación a la fonda; aquella lluvia de piedras y ladrillos, aquellos estruendosos gritos de la muchedumbre y aquel silbar estrepitoso.

Los momentos se hacían cada vez más difíciles, y llegó un punto en que el coche-ro, herido o contuso por las piedras, no pudo manejar el tiro; los caballos no querían arrastrar el coche, y entonces algunos de los amigos que le rodeaban, cuyo número iba reduciéndose por las contusiones y golpes que recibieron, viendo el conflicto se agarraron a los tirantes, y arrastrando caballos y coche llegamos hasta la fonda».

El establecimiento fue objeto de los insistentes ataques de los manifestantes, que intentaron prenderle fuego. La asonada fue transformándose, como relató el prócer castellano, en una protesta eminentemente social:

«Pasaron y repasaron las turbas detrás de un trapo rojo dando vivas a la República y a la anarquía y mueras a los burgueses. Aquello no era ya tan solo una manifestación en contra mía ni de mis amigos, porque los mueras eran muy repetidos e insistentes en contra de la burguesía. Siento decíroslo, pero prepararás a ver pasar este horrendo desfile por delante de vuestras propias casas».

La prensa tradicionalista y la conservadora coincidieron al establecer una nítida distinción entre manifestantes anticarlistas y turbas, dirigidas y financiadas por miembros del primer grupo, pero que se habrían extralimitado en sus quehaceres. Igualmente se producían coincidencias en las acusaciones de pasividad dirigidas a las autoridades civiles —contrapuestas a la actuación del Capitán general de Valencia Marcelo de Azcárraga, que vio como su prestigio iba en alza, llegando a jurar el cargo de ministro de la Guerra sólo unos meses después en el nuevo gobierno conservador de Cánovas del Castillo— e, incluso, en la insinuación de las implicaciones del gobierno liberal⁷⁵. Todas las cuestiones anterior-

⁷⁴ *Diario de las Sesiones de Cortes. Senado. Legislatura de 1889-90*, vol. V, Madrid, 1890, sesión 16 abril 1890, pp. 2398-2400 y 2405-2406. Este discurso fue reproducido, íntegra o parcialmente, por buena parte de la prensa española. El 19 de abril se vendían ya ejemplares del discurso en las calles de algunas ciudades. *Correo Catalán*, 20 abril 1890, p. 7.

⁷⁵ Para la posición de la prensa carlista, cfr. TULLIO [L. HERRERO], «Salvajada infame», *El Correo Español*, 11 abril 1890, p. 1; IGNOTUS, «Desde Valencia», *La Fe*, 14 abril 1890, p. 1; GAY-LUSSAC, «Hassanyas liberals», *Lo Crit d'Espanya*, 18 abril 1890, pp. 4-5, y L. M. DE LL[AUDER], «Sobre lo de Valencia», *Correo Catalán*, 20 abril 1890, pp. 13-15. La actitud conservadora, en «El motín de Valencia», *La Época*, 11 abril 1890, p. 1, y «Los atropellos de Valencia» y «Los atropellos de Valencia y el gobierno liberal», *La Unión Católica*, 11 y 12 abril 1890, p. 1. La posición de estos últimos debe situarse en el marco del asedio al gobierno de Sagasta que tuvo lugar en los primeros meses de 1890. Cfr. J. VARELA ORTEGA, *Los amigos políticos. Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración (1875-1900)*, Madrid, 1977, pp. 292-296.

res se debatieron largo y tendido durante las semanas posteriores en el Congreso de Diputados y en el Senado⁷⁶.

Algunos de los manifestantes atacaron acto seguido el Círculo tradicionalista de Valencia —«*¡Y aún se culpa a mis amigos porque se defendieron del horrendo ataque! ¿Hay algún español que viendo arder su casa se deje asesinar con los brazos cruzados?*», eran palabras pronunciadas por Cerralbo ante el pleno del Senado—, cuya inauguración debía constituir el episodio central de la excursión propagandística por tierras valencianas. A continuación asaltaron e incendiaron el colegio y la iglesia de San José. La escena final del tumulto consistió en un asalto a los fielatos, reforzando así una interpretación social de los acontecimientos. Sin embargo, desde algunos sectores se implicaba directamente a los matuteros, que habrían aprovechado la situación para hacer su agosto en pleno mes de abril⁷⁷. Entre tanto, según el prócer castellano, la situación en el Hotel de Roma era crítica:

«*Caía la tarde, los horrores aumentaban, y todo el mundo en la fonda, incluso el teniente coronel jefe de la Guardia civil, que había entrado para despachar unos oficios, me dijeron que se auguraban grandes peligros y desastres para la entrada de la noche, que no se podían contrarrestar, y que era casi seguro el incendio de la fonda. En este caso, aventurándome como debía por evitar el desastre que pudiera ocurrir a los que estaban dentro del edificio, salí a la calle aprovechando el momento de menos peligro.*».

El marqués de Cerralbo y su familia se refugiaron en Capitanía, en donde pasaron la noche, y al día siguiente por la tarde se dirigieron en tren hacia Madrid. El sábado día 12 llegaron a la capital tras un breve descanso en Aranjuez⁷⁸. Los actos festivos preparados por los carlistas valencianos fueron aplazados a la espera de una ocasión más favorable.

La situación fue normalizándose en la ciudad de Valencia. Al cabo de pocos días se levantó el estado de excepción y empezó la instrucción de las causas por los desperfectos causados y de los sumarios a una treintena de detenidos. Sin embargo, el comentario de la prensa carlista era contundente por lo que a las responsabilidades se refiere: «*Es verdad, se ha detenido a algunos pobres hombres, que se fueron a ganar dos pesetas por silbar lo que hubieran aclamado de dárselos cuarenta y un perros chicos. De los otros, de los verdaderos, no se ha*

⁷⁶ Cfr. las intervenciones de Silvela, Romero Robledo, el marqués de Sardeal, los condes de Canga Argüelles y de Esteban Collantes, Ruiz Capdepón —por aquel entonces ministro de Gobernación—, además de la del marqués de Cerralbo, en *Diario de las Sesiones de Cortes. Congreso de los Diputados. Legislatura de 1889-90*, vol. VIII, Madrid, 1890, sesión 12 abril 1890, pp. 4156-4173 y 4177-4183, sesión 14 abril 1890, pp. 4209-4216, y sesión 15 abril 1890, pp. 4231-4241; y *Diario de las Sesiones de Cortes. Senado...*, sesión 11 abril 1890, pp. 2320-2325, y sesión 16 abril 1890, pp. 2396-2400 y 2405-2417.

⁷⁷ «Más noticias de Valencia», *El Diluvio*, 12 abril 1890, ed. tarde, p. 3098; «Sucesos de Valencia», *Diario de Barcelona*, 12 abril 1890, ed. mañana, p. 4620, y *Correo Catalán*, 17 abril 1890, ed. mañana, pp. 5-6.

⁷⁸ *El Correo Español*, 12 abril 1890, p. 1, y T., «El Marqués de Cerralbo», *El Correo Español*, 14 abril 1890, p. 1.

detenido a nadie»⁷⁹. Los acontecimientos de Valencia se convirtieron en tema obligado de conversación, provocando reacciones en todos los sectores de la política española. La prensa carlista, y con harta frecuencia también la conservadora, censuró con dureza las posiciones favorables o poco enérgicas con respecto a los alborotos, en especial las de republicanos y liberales. La actitud de los integristas, en cambio, era bastante retorcida. De entrada, rehusaban cualquier tipo de implicación en los hechos —declaración que se hacía imprescindible tras el proceso de agravamiento de los enfrentamientos entre unos y otros durante el viaje por Cataluña del marqués de Cerralbo— e, incluso, los criticaban contundentemente. La condena, no obstante, escondía una mal disimulada satisfacción: los tumultos valencianos contrapesaban los que tuvieron lugar en el barcelonés Teatro del Olimpo en noviembre de 1888, cuya herida no había cicatrizado aún en el honor integrista. De esta manera, censuraban «*con la mayor indignación el espectáculo propio de caníbales, que han dado los liberales de Valencia*», la misma «*sentida cuando la salvajada que llevaron a cabo los agredidos de hoy en la memorable fecha de 4 de Noviembre de 1888*». Quién a hierro mata a hierro muere..., era la sentencia final⁸⁰. La condena carlista de los hechos no se limitó a intervenciones en el Senado ni a artículos de prensa —el diario *El Correo Español* dedicó en días sucesivos una sección, con el título «Protestas contra los crímenes de Valencia», a reproducir cartas y telegramas de protesta de tradicionalistas de todos los puntos del territorio español—, sino que también se evidenció en los actos de los centros tradicionalistas, en los encuentros informales o bien en protestas individuales. El día 21 de abril Don Carlos escribía las siguientes líneas al marqués de Cerralbo:

«Cuando te mandaba con una misión de paz, de concordia y de propaganda dentro de una legalidad que sin reconocer soportábamos, una turba, de quien nadie osa declararse solidario, a la luz del día quiso empañar el brillo de las hermosas manifestaciones provocadas por tu presencia.

Sus esfuerzos lograron el resultado opuesto, demostrando a todos la importancia y la fuerza que nuestros adversarios conceden a los actos llevados a cabo por

⁷⁹ IGNOTUS, «Boletín del día», *La Fe*, 17 abril 1890, p. 1. Cfr. «Los sucesos de Valencia», *El Correo Español*, 12 y 14 abril 1890, p. 2; «Noticias de Valencia», *Correo Catalán*, 16 abril 1890, ed. tarde, p. 4; *Correo Catalán*, 19 abril 1890, ed. tarde, p. 2; *Correo Catalán*, 22 abril 1890, ed. mañana, p. 5, y *El Diluvio*, 16 abril 1890, ed. mañana, p. 3190. El juicio se celebró al cabo de dos años con un total de 19 implicados, acusados por el fiscal de «*alteración de orden público con propósito manifiesto de injuriar a un particular*». Tres de ellos resultaron absueltos, un par más —menores de edad— fueron condenados a pagar 150 pesetas cada uno, y el resto a un total de dos meses y un día de arresto mayor. Entre todos debían hacerse cargo de una parte de los costes del proceso y de una indemnización de 5.570'50 pesetas que correspondía al propietario del Hotel de Roma. Cfr. F. G., «Los sucesos de Valencia. Juicio oral», *El Correo de la Provincia*, 7 abril 1892, p. 1, y VÍCTOR PELEAYO, «La Semana Carlista», *El Centro*, 8 abril 1892, p. 1. Poco después la prensa carlista informó que el marqués de Cerralbo iba a solicitar el indulto de los condenados. «Petición de indulto», *El Correo de la Provincia*, 5 mayo 1892, p. 2.

⁸⁰ «Justicia de Dios», *Diario de Cataluña*, 12 abril 1890, p. 1. Cfr. asimismo *El Siglo Futuro*, 15 abril 1890, p. 1, y *El Integrista*, 17 abril 1890, p. 3.

nuestros amigos, y el temor que nuestra constancia y nuestros progresos les inspiren»⁸¹.

A pesar de todos los obstáculos, en el carlismo se respiraba un ambiente triunfal. Las adhesiones y los actos de homenaje de aquellos días al marqués de Cerralbo y a otros dirigentes concentraban una triple celebración: por el final feliz de los tumultos del 10 de abril, por el nombramiento de Cerralbo como representante de don Carlos y, por último, por el éxito del viaje de propaganda por Cataluña y por el resurgimiento del carlismo. La fiesta que más dio que hablar resultó ser el banquete organizado por el Círculo tradicionalista de Madrid el día de santa Margarita, en el que se rindió «un tributo de admiración y de cariño al valiente propagandista de Cataluña y Valencia, investido con la alta delegación de la jefatura». En su discurso, un largo parlamento que sostenía el cronista de *El Correo Español* que fue «digno coronamiento de la marcha triunfal de nuestro ilustre y querido jefe», el prócer castellano hizo una valoración de la excursión y, por extensión, del estado del carlismo. Mientras que éste se encontraba en un gran momento —«Es prodigioso el movimiento de la comunión tradicionalista en estos tiempos»: esta frase abría la intervención—, el viaje de propaganda de 1890, esa «maravillosa y excepcional manifestación que ha hecho el partido tradicionalista», podía calificarse como un gran éxito⁸². Los carlistas sabían que la revitalización de su formación política había provocado en gran medida los ataques de Valencia, que asimismo, transformándolos en víctimas, terminarían por resultarles beneficiosos⁸³. Si bien el viaje de propaganda de 1890 quedó inconcluso, no tardaron en recogerse sus frutos.

LOS VIAJES DE PROPAGANDA EN EL CARLISMO FIN-DE-SIGLO

Tras la excursión por Cataluña y el País Valenciano de los primeros meses de 1890, que contribuyó decisivamente al notable desarrollo del carlismo en la

⁸¹ «En la propaganda —añadía— has demostrado entusiasmo, fe, convicción, tacto y altísima inteligencia; valor, serenidad y patriotismo en el peligro; nobleza, moderación y generosidad en la protesta. [...] La vieja España puede estar orgullosa de tenerte por hijo, como orgulloso está de tenerte por representante tu afectísimo, Carlos.» Esta carta fue reproducida por toda la prensa de signo carlista. El original, en Museo Cerralbo (Madrid), C. III, nº 3, Don Carlos al Marqués de Cerralbo (Palacio Loredán, 21 abril 1890). Esta carta, junto con la dirigida por el pretendiente a Llauder cuatro días más tarde —«Carta de Don Carlos de Borbón», *Correo Catalán*, 11 mayo 1890, p. 11—, provocaron un cierto malestar entre los carlistas valencianos, atizado por algunos sectores que no veían con buenos ojos el nombramiento del marqués de Cerralbo como representante de don Carlos. Sobre esta cuestión, cfr. J. CANAL, *La reorganització del carlisme...*, vol. I, ff. 151-154.

⁸² «Discurso pronunciado por el Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo en el banquete dado en su honor en el Círculo Tradicionalista de Madrid», *Correo Catalán*, 15 junio 1890, pp. 9-18. La crónica de la fiesta, en «El banquete del Círculo Tradicionalista», *El Correo Español*, 11 junio 1890, p. 1.

⁸³ Cfr. MARCOS LAGUNA [F. M. MELGAR], «Carta de Venecia. 12 abril 1890» y «Carta de Venecia. 19 abril 1890», *El Correo Español*, 17 y 24 abril 1890, pp. 1 y 3, y «El Marqués de Cerralbo en el Círculo Tradicionalista de Madrid», *La Fe*, 15 abril 1890, p. 1.

vertiente mediterránea⁸⁴, el representante de don Carlos visitó en septiembre del año siguiente el País Vasco y Navarra. La iniciativa fue muy bien recibida en el palacio Loredán: «*Mucho agradece a V. el Rey —escribía Melgar⁸⁵— la expedición q[u]e va a hacer por Navarra, y mucho le agradece los sacrificios de todo género q[u]e se impone para q[u]e resulte más grandiosa.*» El viaje empezó con una visita a Tolosa, en donde se celebraron reuniones, banquetes, una visita a la fábrica de boinas de un correligionario y una velada política que tuvo su momento más álgido en el parlamento del marqués de Cerralbo. El discurso, pronunciado el día 25 de septiembre, estaba dedicado a los fueros y contenía una contundente afirmación según la cual «*no se puede ser fuerista sin ser carlista*»⁸⁶. La etapa siguiente de la excursión era la ciudad de Pamplona, a la que la comitiva llegó en tren tras una breve parada en Alsasua. El marqués de Cerralbo fue recibido en el Círculo tradicionalista, sito en la plaza del Castillo, que estaba, según la crónica de Vázquez de Mella,

«engalanado con escudos, macetas, vitores, coronas y banderas desde el primer peldaño de la escalera, que fueron ya el término de esta magnífica odisea y el coronamiento de la recepción más espléndida y asombrosa que ninguna población de España haya dispensado jamás a ningún jefe político, y que sólo puede tener competencia con las tributadas por la heroica y lealísima Cataluña al mismo marqués de Cerralbo»⁸⁷.

En Pamplona se registraron incidentes con algunos grupos que protestaban contra los actos carlistas, aunque no revistieron gravedad, silbidos y algún bofetón aparte. Desde esta ciudad la comitiva se dirigió a Estella, con altos en el camino en Obanos, Puente la Reina, Mañeru y Cirauqui, en un trayecto que la imaginación carlista convirtió en «*una espléndida vía triunfal, que recorría el Rey, personificado en su representante*»⁸⁸. En Estella, como en los días precedentes en Tolosa y Pamplona, se sucedieron los banquetes, las reuniones, los oficios religiosos y los discursos. Por otro lado, esta población sirvió de base para tres

⁸⁴ Cfr. J. CANAL, «Dal circolo alla piazza. Gli spazi della sociabilità politica legitimista nella Spagna mediterranea tra Otto e Novecento», *Memoria e Ricerca*, n° 5, 1995, pp. 47-64.

⁸⁵ Museo Cerralbo (Madrid), C. VII, n° 20, Francisco Martín Melgar al Marqués de Cerralbo (Venecia, 7 septiembre 1891). Pocos días antes de partir hacia el Norte recibía las felicitaciones del propio pretendiente: «*Te felicito y te envidio particularmente por la excursión al país vasco-navarro que proyectas en estos momentos.*» Museo Cerralbo (Madrid), C. III, n° 9, Don Carlos al Marqués de Cerralbo (Venecia, 22 septiembre 1891). Al día siguiente era nuevamente Melgar quien escribía: «*¡Dios dé a V. fuerza, pobre amigo mío, para la campaña que está V. empezando ahora!*». Museo Cerralbo (Madrid), C. VII, n° 21, Francisco Martín Melgar al Marqués de Cerralbo (Venecia, 23 septiembre 1891).

⁸⁶ *Discurso pronunciado por el Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo en la reunión de Tolosa*, Bilbao, 1891, p. 7. Este discurso, junto con el resto de los que el marqués de Cerralbo pronunció durante esta excursión de propaganda, fueron reproducidos íntegramente en *Viaje del Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo por Guipúzcoa y Navarra. Crónica y discursos*, Madrid, 1891. La cita, en p. 102. La crónica del viaje (pp. 5-93) fue escrita por Juan Vázquez de Mella. Posteriormente se incluyó en las *Obras Completas del Excmo. Sr. Juan Vázquez de Mella y Fanjul*, vol. XVII, Madrid, 1933, pp. 225-318.

⁸⁷ *Viaje del Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo...*, p. 26.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 46.

pequeñas excursiones a otros tantos lugares de memoria carlistas: Monte-Muru, Irache —el antiguo hospital carlista era por aquel entonces la residencia de los Padres Escolapios— y Montejurra. Una parada en Los Arcos precedió la última visita del viaje: Viana. Allí se repitieron todos y cada uno de los elementos integrantes de estas excursiones de propaganda, sobresaliendo asimismo el discurso pronunciado en el círculo por el marqués de Cerralbo, el 30 de septiembre. En éste, igualmente como en los que lo precedieron, apareció de manera recurrente la necesidad de fortalecer la estructura política del partido. Los círculos tradicionalistas, las elecciones y la propaganda —en aquellos momentos, sostuvo el marqués de Cerralbo en Estella, el *Rey* no hacía una llamada a las armas, sino «a una acción política; se trata hoy de una acción de organizadora propaganda»—, constituían pilares fundamentales de esta tarea⁸⁹. El viaje de propaganda de 1891 resultó, en este sentido, bastante positivo, ya que en pocos días se crearon en Navarra ocho círculos carlistas⁹⁰. Don Carlos felicitó al prócer castellano a fines de octubre, como lo había hecho ya antes su secretario personal, por el éxito de su segundo viaje de propaganda por España⁹¹.

El marqués de Cerralbo emprendió nuevas excursiones de propaganda en los años siguientes, a Ciudad Real en 1891 o a Alicante y Murcia en 1893 —una expedición a tierras aragonesas, por otro lado, se frustró a fines de 1891—, con resultados tangibles en la implantación política del partido⁹². En ningún caso resultaban equiparables a los grandes viajes de 1890 y 1891, a Cata-

⁸⁹ Ibid., p. 162. Pocos momentos antes decía: «Imitemos en todas partes su conducta; organicemos nuestras fuerzas, tan grandes como poderosas, constituyendo Círculos en todos los pueblos de Navarra; y así, ni los sucesos nos sorprenderán desprevenidos, ni los contrarios nos hallarán disgregados; no olvidemos que la Iglesia, la patria y la Monarquía tradicional necesitan de nuestro supremo esfuerzo, y éste no se realizará ni el éxito puede coronar nuestras empresas sin una perfecta unión, una organización completa, una severa disciplina, un trabajo incesante y una cooperación resuelta y unánime a todos los actos que disponga el Rey; hoy ordena nuestro augusto Jefe nos constituuyamos en Círculos, y todos los pueblos deben imitar la decisión y obediencia de Pamplona, Estella y Obanos, Cirauqui y Corella; hemos de acudir a las elecciones, no porque aceptemos esta forma de gobernar, de que somos tan irreconciliables adversarios, sino para que desde el Parlamento nos oiga toda España, aprecie nuestra terminante protesta, nos conozca tal como somos y no como nos presentan nuestros enemigos, y para que el país, arruinado por la enormidad de los tributos a que obliga la centralizadora administración liberal y sus immoralidades administrativas, compare y advierta la patria que no hallará salvación y grandeza sino en nuestra doctrina, bajo nuestra bandera y al amparo de nuestra paternal Monarquía.» Ibid., pp. 160-161.

⁹⁰ «Movimiento tradicionalista», *Correo Catalán*, 25 octubre 1891, p. 10, y «Movimiento carlista», *La Fe*, 27 octubre 1891, p. 1.

⁹¹ Museo Cerralbo (Madrid), C. III, nº 10, Don Carlos al Marqués de Cerralbo (Venecia, 23 octubre 1891). Melgar le reiteraba sus felicitaciones «muy entusiastas por los nuevos y grandiosos triunfos q[ue] ha obtenido y por la manera admirable con q[ue] se afirma más y más la inmensa popularidad de V., lo cual forzosamente tenía q[ue] suceder y seguirá sucediendo, a medida que crezca el número de carlistas que le vean de cerca y q[ue] le conozcan.» Museo Cerralbo (Madrid), C. VII, nº 23, Francisco Martín Melgar al Marqués de Cerralbo (Venecia, 7 octubre 1891). Cfr. también Museo Cerralbo (Madrid), C. VII, nº 22, Francisco Martín Melgar al Marqués de Cerralbo (Venecia, 2 octubre 1891).

⁹² Cfr. Museo Cerralbo (Madrid), C. VII, nº 25-26, Francisco Martín Melgar al Marqués de Cerralbo (Venecia, 23 octubre y 2 noviembre 1891); «Movimiento carlista», *El Correo Español*, 22 abril 1893, pp. 1-2, y «Noticias del Marqués de Cerralbo», *Correo Catalán*, 13 abril 1894, ed. mañana, p. 7.

luña y el País Valenciano y al País Vasco —en concreto, a Guipúzcoa, ya que en mayo de 1891 había visitado Vizcaya— y Navarra, respectivamente. El primero de ellos fue, en todo caso, el más largo y asimismo el que marcó las pautas en el carlismo para estas fórmulas propagandísticas, además de mostrar sus posibilidades en el proceso de reconstrucción de la estructura política del partido. Como escribía el pretendiente desde su exilio veneciano, las excursiones de propaganda del marqués de Cerralbo eran «*más fecundas y no menos gloriosas que muchas campañas*»⁹³. Otros dirigentes carlistas relevaron al marqués de Cerralbo a lo largo de la década por lo que a los viajes se refiere. Entre ellos destacó Juan Vázquez de Mella, al que su capacidad oratoria —no en balde recibió el apodo de *Verbo de la Tradición*— convirtió en una pieza fundamental de esta forma de propaganda en el carlismo. En 1891, como hemos visto más arriba, acompañó al prócer castellano en calidad de cronista, para protagonizar él mismo en los años siguientes un sinfín de excursiones. De esta manera, por ejemplo, recorrió en 1894 Castilla y Navarra —convulsionada por aquel entonces a consecuencia de la *Gamazada* y la cuestión foral—, junto con el conde de Casasola y Leoncio González de Granda, que actuó como cronista. Francisco Martín Melgar les felicitó en nombre de don Carlos por esta «*admirable campaña de propaganda*», que *La Lealtad Navarra* narró día tras día y otros periódicos reprodujeron bajo el epígrafe «Viaje de propaganda carlista»⁹⁴. En septiembre del año anterior visitó La Mancha, acompañado por el barón de Sangarrén, y en septiembre de 1895 le tocó el turno al País Vasco, Navarra y Aragón. Además de los viajes protagonizados por los principales dirigentes del partido tuvieron lugar también campañas más limitadas, pueblo a pueblo, en especial en la región valenciana. En particular, las direcciones provinciales de Valencia y Alicante resultaron muy activas. A mediados de 1894 podía leerse en la prensa que la sección de propaganda del Círculo tradicionalista de Valencia «*no descansa*», o que no «*se duerme sobre sus laureles, y sigue haciendo una activa campaña por los pueblos de la provincia, visitando los círculos y animando las gentes*». Y, poco después, se añadía que

*«las secciones de propaganda que funcionan en varias provincias del reino [de Valencia] tampoco se permiten momento de reposo, y aprovechan los días festivos para trasladarse a los pueblos a difundir la doctrina católico-monárquica, única que puede librar a España de las garras del liberalismo, entre las cuales perece»*⁹⁵.

⁹³ Museo Cerralbo, C. II, n.º 2, Don Carlos al Marqués de Cerralbo (Palacio Loredán, 2 abril 1890).

⁹⁴ «En honor de los propagandistas», *El Correo Español*, 15 octubre 1894, p. 1. Sobre la *Gamazada* y la cuestión foral, cfr. C. ROBLES, «Católicos y cuestión foral. La crisis de 1893-1894», *Príncipe de Viana*, n.º 10 (*Primer Congreso General de Historia de Navarra. 5. Comunicaciones*), 1988, pp. 395-403, y A. GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, *La Navarra de «La Gamazada» y Luis Morote*, Pamplona, 1993, especialmente pp. 39-41.

⁹⁵ «Movimiento carlista», *El Correo Español*, 9 julio 1894, p. 2; «El Círculo de Valencia», *Correo Catalán*, 12 julio 1894, ed. mañana, p. 7, y CRONISTA, «Movimiento carlista. Círculo de Torrente», *El Correo Español*, 23 noviembre 1894, p. 2.

Manuel Polo y Peyrolón y Joaquín Llorens sobresalieron como propagandistas en Valencia, mientras que en Alicante lo hizo Vicente Calatayud, que durante muchos años ocupó la presidencia de la junta provincial del partido. No deben olvidarse, sin embargo, excursiones organizadas en otras partes de España, como las de Francisco de Paula Oller en Cataluña en los meses posteriores a la escisión integrista, o las de Claro Abánades en la provincia de Teruel en 1897⁹⁶. Las juventudes carlistas se convirtieron en muchas ocasiones en abanderadas de este tipo de excursiones. Así, por ejemplo, la prensa informaba que los 169 jóvenes que formaban parte de la Juventud carlista de Madrid, además de conferencias y veladas, «*están dispuestos a organizar viajes de propaganda a los pueblos de las cercanías de Madrid*», o que la de Valencia «*convenientemente distribuida recorre dos veces al año todos los Círculos de aquel antiguo reino*»⁹⁷.

Otro par de viajes provocaron ríos de tinta en los años centrales de la década de los noventa en la prensa carlista. Se trataba, no obstante, de excursiones de propaganda un tanto atípicas. El protagonista de la primera fue don Jaime, el hijo del pretendiente Carlos VII, que viajó de incógnito por España entre el primer día de junio y el 7 de julio de 1894, acompañado por el dirigente carlista Tirso de Olazábal. En su recorrido visitó Asturias, León y Castilla, permaneció unos días en Madrid y otros más en Andalucía, y, finalmente, las estancias en Valencia y Barcelona precedieron el cruce de la frontera. En Barcelona empezaron a sospechar que los gobernantes españoles estaban al corriente del viaje y, en consecuencia, decidieron darle fin, renunciando a un encuentro ya previsto en Santa María de Huerta con el marqués de Cerralbo. Don Jaime permaneció todavía algunos días en el sur de Francia, recibiendo visitas de grupos de carlistas. El ministro de Estado pidió al embajador en París que solicitase del gobierno francés «*la necesaria intervención para evitar esas reuniones de conspiradores contra las instituciones españolas*»⁹⁸. Las presiones de las autoridades españolas sobre las francesas surtieron efecto, consiguiendo el apartamiento de las proximidades de la frontera del hijo de don Carlos. El día 26 de julio se encontraba ya en Venecia, si bien siguieron circulando rumores sobre nuevas estancias en España⁹⁹. Los detalles de la excursión fueron dados a conocer tras la salida del

⁹⁶ Sobre Francisco de Paula Oller, cfr. *supra*. Sobre Claro Abánades, cfr. «Movimiento carlista», *El Correo Español*, 20 agosto 1897, p. 2, y C. ABÁNADES, *Dinastía insobornable*, Palencia, 1961.

⁹⁷ *Biblioteca Popular Carlista*, vol. XIV, agosto 1896, p. 95, y vol. XIII, julio 1896, p. 125.

⁹⁸ Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (Madrid), H2845, Ministro de Estado al Embajador español en París (Madrid, 18 julio 1894), telegrama.

⁹⁹ La crónica del viaje de don Jaime, en T. de OLAZÁBAL, *Don Jaime en España. Crónica del viaje de S.A.R. dedicada a S.M. el Rey (QDQ)*, Bilbao, 1895. Las presiones españolas, en Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (Madrid), H2845, *Viaje de Don Jaime. 1894*. Por otra parte, entre los meses de agosto y septiembre de 1895 se cruzaron numerosas comunicaciones entre el ministerio de Estado, la embajada de España en París y el consulado de Bayona sobre un hipotético desplazamiento de don Jaime al suroeste francés. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (Madrid), H2845, *Proyectado viaje de Don Jaime a San Juan de Luz (Francia). Septiembre 1895*. A fines de octubre el ministerio del Interior francés envió un telegrama urgente a las prefecturas del sur recomendando una atenta vigilancia, ya que don Jaime podía encontrarse en aquellos momentos en el suroeste de Francia. Archives Départementales des Pyrénées-Orientales (Perpiñán), Série M, 4Mp305, Dirección de Seguridad General a los prefectos de Tarbes, Toulouse, Foix, Perpiñán, Carcasona y Mont de Marsan (París, 28 agosto 1895). Asimismo, el ministerio del Interior mandó a la

príncipe de tierras españolas —Olazábal publicó una extensa crónica de los hechos en *El Cántabro*, reproducida en otros periódicos carlistas bajo el epígrafe «Don Jaime en España»—, desencadenando comentarios y rumores sobre el *peligro carlista* en todos los sectores políticos¹⁰⁰. El segundo protagonista de estas atípicas excursiones fue el niño Ramoncito Murgía, bautizado por la prensa no carlista como el *Niño Dios* —o el «*chiquillo parlanchín*», según el periódico satírico madrileño *Gedeón*¹⁰¹—, que entre 1895 y 1897 recorrió parte del territorio español pronunciando conferencias sobre catolicismo y carlismo. En 1895, cuando hacía ya tres años que de la mano de su padre conferenciaba por el universo católico, tenía siete años. Durante el par de semanas que permaneció en la ciudad de Igualada en enero de 1896, por ejemplo, pronunció un total de veintiséis discursos —de diferente temática y una duración mínima de hora y media— «*propagando nuestros principios, obteniendo grandes ovaciones de saludables resultados para el partido*»¹⁰². La criatura atraía a sus conferencias a un público numeroso, integrado por más curiosos que convencidos. La prensa explicó día tras otro las andanzas del *Niño Dios* —«*impío apodo [...] con que el sectarismo masónico y político intenta apellidar a mi hijo*», según Pablo Murgía—, burlándose de ellas en algunos casos o incluso denunciando que se trataba de un caso de explotación de un menor, una circunstancia que el *Correo Catalán* se apresuró a desmentir¹⁰³. Tras recorrer en 1895 y 1896 algunas poblaciones de Cataluña, se desplazó a tierras aragonesas para proseguir su campaña. En marzo de 1897, unos incidentes en el Círculo tradicionalista de Zaragoza provocaron la intervención de la policía y terminaron con los Murgía en el juzgado¹⁰⁴. A raíz de

prefectura de los Pirineos Orientales la fotografía del *príncipe* Jaime para que pudiera ser reconocido si se desplazaba al sureste, cerca de la frontera. Archives Départementales des Pyrénées-Orientales (Perpiñán), Série M, 4Mp305, Director de la Seguridad General al Prefecto de los Pirineos Orientales (París, 9 septiembre 1895), y Prefecto de los Pirineos Orientales al Comisario especial de Perpiñán (Perpiñán, 11 septiembre 1895).

¹⁰⁰ Cfr. «Don Jaime en España», *Heraldo de Madrid*, 9 julio 1894, [p. 1], y FIDUS, «Hablemos claro», *Correo Catalán*, 14 julio 1894, ed. mañana, p. 8.

¹⁰¹ «Jueves de Gedeón» y «...armas al hombro», *Gedeón*, 1 abril 1897, [pp. 2-3].

¹⁰² *Correo Catalán*, 22 enero 1896, ed. mañana, p. 6.

¹⁰³ Ramoncito Murgía era «una verdadera notabilidad. Posee muchos conocimientos en religión y política, merced a lo cual no solamente recita con maestría, sino que sabe lo que dice. [...] Contra lo que ha dicho algún colega, su padre, lejos de explotar a su hijo, todo cuanto recauda lo cede a los pobres, según lo demostró por medio de certificaciones». *Correo Catalán*, 13 octubre 1895, p. 5. Las palabras de su padre, en «Sobre el niño Ramón Murgía. Una carta», *El Correo Español*, 12 abril 1897, p. 1.

¹⁰⁴ Además de las muchas páginas dedicadas por la prensa carlista a estos hechos, cfr. *Diario de Barcelona*, 29 marzo 1897, ed. tarde, p. 3738, y «Escándalo en el Círculo Carlista en Zaragoza», *El Diluvio*, 29 marzo 1897, ed. tarde, p. 2856. Un informe de la Guardia civil sostenía unos días antes que los Murgía eran los principales culpables de la agitación que se vivía en algunos pueblos aragoneses. Ramoncito, se puede leer en el documento, «*va predicando la guerra y fanatizando a la gente ignorante, especialmente a las mujeres que tanta influencia ejercen en el hogar doméstico*». Servicio Histórico Militar (Madrid), AGM 2ª Sección 4ª División, leg. 125, *Movimientos carlistas. Año 1897. Antecedentes sobre agitación carlista en Calanda (Teruel)*, Informe de la Guardia Civil (Zaragoza, 18 marzo 1897). Por otra parte, Pablo Murgía se metió nuevamente en líos en enero de 1899. Fue detenido en Piñas de Campos por orden del Gobernador civil de Palencia, en unos momentos de intensa represión contra el carlismo. «Detención de Don Pablo Murgía», *Correo Catalán*, 19 enero 1899, ed. tarde, p. 3.

estos hechos, *El Diluvio* caracterizaba el final de siglo como una época de progreso y civilización, aunque

«esta regla tiene una excepción, España, donde hay apóstoles que estafan propinando agua, y niños de Dios que hacen propaganda sediciosa, propaganda estúpida, que cometen verdaderos crímenes morales.

El espectáculo de este charlatancillo andariego y descarado, que anda por ahí predicando al carlismo, es ridículo y es triste, provoca risas y arranca lágrimas.

[...]

Parece mentira: pero el país donde esto pasa, es uno donde se ha luchado como en ninguna parte en contra de la tiranía y en provecho de la libertad; donde un puñado de inteligencias despiertas y de espíritus progresivos vienen luchando año tras año, durante mucho tiempo, en el libro, en la cátedra, en la tribuna, en el periódico, para que el oscurantismo desaparezca, para que la cultura arraigue.

¡Vana empresa! Aquí los ignorantes, los estúpidos, los hipócritas que no siendo estúpidos viven de la estulticia ajena, siempre son más. Son más y son los más poderosos y se imponen a todo, y hacen de cada hoja de papel un breviario y de cada objeto un crucifijo, y de cada eminencia un púlpito para contribuir a que la ignorancia y el fanatismo sigan.

¿Cuál es en estos tiempos el medio más apropiado para pervertir, corromper y hacer que retroceda el pueblo? El carlismo. Pues el carlismo pilla a un niño ignorante, mas de buena memoria, le enseña algunos párrafos y le lanza no a pueblos escondidos, sino a Zaragoza la invicta, a la libre y democrática Zaragoza».

La advertencia del diario republicano era clara:

«Sigamos por aquí, toleremos todo esto, y dentro de poco España parecerá regida por Felipe II o por Carlos II, o por lo menos parecerá vuelta a los tiempos ominosos de los Claret y de las Patrocinio»¹⁰⁵.

El carlismo fin-de-siglo utilizó todos los medios de propaganda a su alcance. Materializó, en este sentido, la petición de Manuel Roger de Lluria de hacer propaganda *«en todos los terrenos, en todos los órdenes y en todas las manifestaciones de la vida»¹⁰⁶*. Fue éste uno de los apartados en los que el carlismo mostró su proceso de adaptación a las nuevas formas de la política en la España de entre siglos. Haciendo una explícita referencia a los círculos tradicionalistas, Manuel Polo y Peyrolón aseguraba que estas entidades, de las que el marqués de Cerralbo era *«su iniciador»*, respondían *«perfectamente a las exigencias de los tiempos y a las necesidades sociales y políticas de la moderna nación española»*. A fines del Ochocientos, no resultaba ya posible prescindir de algunos elementos en el combate político, ya que al enemigo

¹⁰⁵ Juan MAGDALENA, «El niño de Dios», *El Diluvio*, 31 marzo 1897, pp. 13-14. Ante los comentarios que estos hechos provocaron en la prensa, el *Correo Catalán* se preguntaba: *«Si tiemblan ante un niño, ¿qué es lo que harían/ si se vieran en frente/ de una partida?»*. «Dichos y hechos», *Correo Catalán*, 1 abril 1897, ed. mañana, p. 10.

¹⁰⁶ Cfr. *supra*.

*«hay que combatirle con sus propias armas, aceptando la batalla en el terreno donde la plantea; el libro se combate con el libro, la cátedra con la cátedra, el periódico con el periódico, y necesario es, por lo tanto, indispensable oponer al malo el buen casino, expurgado hasta donde sea posible de los inconvenientes de aquellos centros de perdición»*¹⁰⁷.

El carlismo usaba simplemente todas las fórmulas posibles en su propio beneficio político. Y, lógicamente, provocaba una cierta inquietud entre sus adversarios. En uno de sus artículos dominicales, Luis M. de Llauder atribuía la frase siguiente a *El Globo*, condensando una parte de los comentarios aparecidos en las páginas de la prensa liberal: *«infinitas veces se habían burlado de los banquetes y apostolados progresistas, pero eso no les ha impedido recorrer toda España, efectuando de idéntico modo, y por procedimientos iguales, la propaganda de sus ideas»*¹⁰⁸. Retratos, bustos, tarjetas postales, sellos, papel de fumar, etiquetas, libros, folletos, revistas, diarios, banquetes, viajes: la propaganda, bajo una u otra forma, recibió una preferente atención en el *carlismo nuevo*. La empresa dio sus frutos. Los efectos pudieron percibirse en el nivel de la imagen externa de la formación política tradicionalista, por una parte, pero sobre todo en la organización y en la estructura interna. Los medios propagandísticos y la prensa, junto con las juventudes, los círculos y las juntas, conformaron un aparato político competitivo. Es en este marco en el que la importancia de los viajes de propaganda debe ser tomada en consideración. El marqués de Cerralbo estuvo al frente de esta empresa de modernización política —en el sentido de adecuación a una realidad política cambiante—, repleta de éxitos y también de limitaciones, como su postrero fracaso en 1899-1900 se ocuparía de mostrar. El prócer castellano fue por aquel entonces un personaje importante —y no sólo en el campo de la política—, pero en la actualidad prácticamente desconocido. Una situación, ésta, que nos ofrece otro claro ejemplo, entre muchos posibles, de la situación precaria, aunque en vías de esperanzadora mejora, de los estudios de historia de la política en la España contemporánea.

¹⁰⁷ M. POLO y PEYROLÓN, «Los Círculos Carlistas», pp. 80-81 y 88-89.

¹⁰⁸ L. M. DE LL[AUDER], «Los carlistas juzgados por los liberales», *Correo Catalán*, 21 abril 1895, p. 12.